

**GUNSHOT:
UN INSÓLITO
TALENTO**



JESÚS MIGUEL ALONSO PÉREZ

EDITORIAL CÍRCULO ROJO

Primera edición: octubre 2014
© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcircularojo.com
info@editorialcircularojo.com
Colección *Novela*

© Jesús Miguel Alonso Pérez

Edición: Editorial Círculo Rojo
Maquetación: Elizabeth de la Cruz Granja
Fotografía de cubierta: © Jesús Miguel Alonso Pérez
Diseño de portada: © Antonio López Galdeano
Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9076-847-1
DEPÓSITO LEGAL: AL 1037-2014

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

A mis chicas; Yosy, Cora y Elsa.

PRÓLOGO

Michael Smith subió los escalones de las escaleras del metro de dos en dos. Cuando alcanzó la calle estaba anocheciendo; había sido una bonita tarde de primavera, de esas que anuncian que el verano está próximo. Todavía hacía calor, por lo que llevaba la chaqueta debajo del brazo mientras avanzaba por la acera del bulevar. Mr. Smith parecía ensimismado, absorto, aunque la sonrisa que lucía en su cara demostraba que estaba indudablemente feliz.

Al llegar a la altura de un parque, dejó la acera y continuó caminando por el camino sin pavimentar que lo cruzaba, como hacía siempre que no llovía. El camino no suponía un gran atajo, pero siempre era más agradable estar rodeado de árboles que de coches.

Había sido un día de sentimientos muy intensos y contradictorios. La oportunidad de su vida por fin había llegado. Todo su trabajo, todo el tiempo empleado en aquel proyecto, su proyecto, se había visto finalmente recompensado. Por supuesto que su posición mejoraría y ganaría más dinero. Sin embargo eso no era lo más importante en absoluto. Lo realmente bueno, por lo que tanto había trabajado, era el reconocimiento que supondría a su carrera. Tenía ante sí una gran puerta abierta de par en par, una puerta que le permitiría llegar tan alto como quisiera y, precisamente por eso, estaba feliz.

Sin embargo no todo era alegría porque, por otro lado, estaba lo que iba a decir Mary al respecto.

“Tengo que hablar con ella, tengo que decírselo...”, pensaba mientras caminaba. *“Ella sabe todo lo que he trabajado. ¡Claro que es un país peligroso! Tampoco hace falta vivir allí. Sólo tendré que pasar algunas temporadas, y...además... no está tan lejos, sólo tres o cuatro horas en avión. No es cómo irse a China o Australia. Seguro que lo entiende, tiene que entenderlo...si soy capaz de convencerla.”*

Mary nunca había dicho, ni tan siquiera dejado entrever, nada que pudiera hacer pensar que estaba en contra de su trabajo. No obstante, Michael sabía perfectamente que no le gustaba en absoluto la posibilidad, en aquel momento realidad, de que se tuviera que desplazar a aquel lugar. Todo el mundo sospechaba que el país estaba sufriendo algo parecido a una guerra civil encubierta o, por lo menos, eso era lo que decían los periódicos.

Sabía que Mary le quería. Si bien, estaba seguro que separarse, aunque fuese sólo por una breve temporada, iba a ser realmente difícil, tan difícil, que podría costarle la relación y eso era algo que no estaba dispuesto a perder.

“Por lo menos hoy no tendré que decírselo”, pensó aliviado.

Mary se había ido unos días de la ciudad a unas jornadas relacionadas con su trabajo, donde ella misma era una de las ponentes. No quería decirle nada hasta que volviese. Era mejor no discutir ese tipo de cosas por teléfono y, así, ganaría algo más de tiempo para pensar cómo explicarle todo aquello.

Pasados unos minutos, había cruzado el parque y continuaba caminando por la acera. Seguía ensimismado con sus pensamientos, por lo que no se percató que, a su espalda, un coche se dirigía hacia él con las luces apagadas. El vehículo se situó a su altura y el conductor bajó la ventanilla.

— Hey, Mr. Smith —Michael escuchó que alguien decía.

Michael giró la cabeza en dirección al coche y observó perplejo cómo una pistola con silenciador asomaba por la ventanilla. Inmediatamente después, notó un fuerte impacto en su pecho que le empujó violentamente hacia atrás. Antes de caer al suelo, sintió un segundo impacto que le hizo perder el equilibrio definitivamente. El

cuerpo de Mr. Smith cayó pesadamente sobre la acera y, justo cuando su espalda tocaba el suelo, todo a su alrededor se volvió completamente negro.

LA REUNIÓN

— Perdóneme un segundo —dijo antes de sacar un teléfono móvil de su chaqueta—. Sí...perfecto...bien hecho.

El hombre de gris se tomó unos segundos para colgar el teléfono y volver a meterlo en el bolsillo interior de su chaqueta. Aprovechó ese tiempo para mirar fijamente a los ojos al hombre que tenía enfrente.

— Espero que la interrupción no le haya supuesto un inconveniente, pero era un asunto que no podía esperar. Ya sabe, negocios —El hombre de gris esperó un poco antes de continuar—. Ahora vamos a lo nuestro. Me estaba contando algo sobre el acuerdo que tenemos, algo que no me estaba gustando nada.

— Te estaba diciendo que ya no hay trato, eso es todo —dijo el hombre que estaba sentado al otro lado del gran escritorio de madera maciza.

Aunque trataba de ocultarlo, era muy evidente para el hombre de gris que la persona que tenía delante estaba manifiestamente nerviosa. Sudaba profusamente, lo que sumado a lo gordo que estaba, ofrecía una imagen muy poco favorecedora de sí mismo.

— He venido aquí como director gerente de Oil Corp en un acto de buena voluntad, para explicar que la situación ha cambiado radicalmente y que ya no es estratégico que seamos socios. Por eso creo que lo mejor para todos es acabar con esta sociedad —el gordo sudoroso tomó un trago de agua y continuó—. Como has dicho tú antes; así son los negocios.

Paul, el hombre de gris, pensó que si no fuera por todo lo que se estaba jugando, sería bastante cómico ver como aquel hombre trataba de hacerse pasar por un tipo duro. Pero no, no era un buen momento para bromas, así que pensó que lo mejor era apretarle un poco las tuercas.

— ¿Puedo preguntarle algo Mr. Sullivan? —Paul continuó hablando sin esperar a la respuesta—. ¿Qué le hace pensar que me puede tutear?

Fred Sullivan sintió un incómodo escalofrío por la espalda al observar la sonrisa lobuna que le brindó su interlocutor.

“Estoy jodido”, pensó Fred. *“Joder, joder y joder, ya sabía yo que no debería haber venido.”*

— ¿Perdón? —fue todo lo que Sullivan supo decir.

— Le decía que si me puede explicar por qué me tutea siempre, a pesar que no le he dado permiso para hacerlo.

— Pero ¿a qué viene eso?

— Viene a que se presenta en mi casa para romper un trato. Un trato en el que la familia Bocca ha invertido muchos recursos humanos y económicos. Así que, por lo menos, creo que debería ser más educado conmigo e, insisto, yo no le he dicho que me pueda tutear.

— ¿Recursos humanos y económicos? —dijo divertido—. ¡Por favor, gánsteres y pistoleros a sueldo querrás decir!

“De algún modo este gilipollas se está empezando a crecer”, pensó el hombre de gris.

— Recuerdo que los recursos que pusimos a su disposición le fueron muy útiles. Espero que no sea necesario volver a utilizarlos de nuevo.

— ¿Me estás amenazando? —preguntó Sullivan—. Es increíble, ¡claro que me estás amenazando! Eso no es propio de hombres de negocios. Me oyes, eh...

El hombre de gris se levantó de su butaca y golpeó con fuerza la mesa con el puño. Sullivan se quedó mudo, mirando atónito y muerto de miedo al hombre que estaba de pie, delante de él.

“Eso está mejor” se dijo Paul para, acto seguido, sentarse de nuevo.

— Ahora que estamos más tranquilos, vamos a dejar bien claros algunos términos. Porque no esperará cancelar nuestra sociedad sin al menos una, digamos,...compensación.

— Una compensación —repitió. Los cercos de sudor en su camisa, bajo las axilas, le llegaban casi a la cintura—. Actualmente no creo que esté en situación de poder negociar una compensación.

— No se preocupe por eso. Aquí no se va a negociar nada, ya verá —Paul se levantó de nuevo de su sillón.

Fred le siguió con la vista y vio como el hombre de gris empezaba a buscar algo en un viejo archivador. Poco después, de uno de sus cajones, Paul sacó un sobre grande con el nombre de SULLIVAN escrito con letras mayúsculas. A continuación, se acercó sin decir una palabra y alargó la mano ofreciendo el sobre a Sullivan. Este cogió el sobre desconfiado y lo abrió. Dentro había unas cuantas fotografías. Fred miró con estupor la primera de ellas. Luego, a medida que las fue pasando, su cara se fue congestionando más y más.

— Ve como no hay nada que negociar —espetó el hombre de gris—. Mire, entiendo que todo el mundo tenga necesidades. Algunas son más comunes, algunas son más fantasiosas y otras son directamente un delito. Me parece que las tuyas pertenecen a esta última clase, viendo a sus amigas, así... tan jóvenes.

Sullivan apretó los puños arrugando las fotos. Paul pudo distinguir una profunda ira en su mirada, aunque la reacción duró poco, porque apenas treinta segundos después, recuperó aquella mirada bobina que le hacía parecer el pobre desgraciado que realmente era.

Justo entonces el hombre de gris pensó que podría matarlo allí mismo. Imaginó lo fácil que sería sacar el arma que escondía bajo su chaqueta, apuntar despacio a aquel cerdo entre los ojos y apretar el gatillo. La perspectiva era tan atractiva como inoportuna. No, no era el momento. Todavía no.

De alguna manera Fred debió percibir algo de lo que estaba pensando Paul, porque se arrebuñó en su silla, como si tratara de hacerse más pequeño.

— Creo que ya hemos tenido bastante por hoy —dijo el hombre de gris—. Lo único que le voy a pedir es que piense detenidamente en lo que le he dicho hoy. No se preocupe por nuestras reclamaciones, se las haremos llegar mañana por la mañana a su despacho. Ahora se puede ir. ¡Ah!, las fotos se las puede quedar.

— Muy bien, como usted quiera —dijo Sullivan, abandonando la habitación, cabizbajo.

SUEÑOS AMARGOS

Michael Smith estaba sentado en un banco del parque. El pecho le dolía muchísimo y era incapaz de fijar la vista sin marearse. Sujetaba distraídamente en su mano dos pequeños objetos, dos fragmentos de metal que estaban completamente aplastados, como si hubiesen impactado brutalmente contra un muro de acero. Mientras se preguntaba cómo había acabado aquello en su mano, fue reconstruyendo poco a poco lo que había ocurrido hasta que se dio cuenta que, aquellas cosas que sostenía en la mano, eran en realidad dos balas.

Repentinamente todo encajó y fue consciente de lo que le había pasado. No pudo evitar ni el espasmo, ni la arcada, que le sobrevino a continuación y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Nunca es fácil asimilar que se ha estado cerca de morir, por eso, cuando acabó, Michael se encontraba aun peor que antes. Se incorporó tratando de ponerse de pie, si bien, seguía demasiado débil y se tuvo que sentar de nuevo.

“Respira, respira” se dijo. *“Cálmate, respira y piensa”*.

Así, tratando de tranquilizarse, pasó los siguientes diez minutos. Transcurrido ese tiempo creyó que estaba preparado para levantarse otra vez, pero según lo intentó, se mareó de nuevo. En esta ocasión la arcada fue menos violenta, sin embargo, bastó para acabar de echar lo poco que le quedaba en el estómago. Michael decidió tumbarse y esperar un poco más.

Unos minutos después, no sabía decir cuantos, ya no estaba tan aturdido, pero la lucidez trajo consigo cientos de preguntas que se agolparon al unísono en su cabeza.

“¿De verdad me han disparado? ¿Por qué no estoy muerto? ¿Dónde está la sangre? ¿Estaré soñando? ¿Sigo vivo?”

A esa última pregunta le respondió un fuerte dolor en el pecho que le hizo encogerse. Parecía que estaba vivo después de todo. Entre punzada y punzada de dolor, trató de organizar mentalmente los acontecimientos que habían sucedido desde que salió de la boca del metro.

Lo primero que le vino a la mente fue que creía haber escuchado algo, un sonido o un ruido, que le había hecho mirar hacia la carretera. El problema era que no sabía decir exactamente qué era lo que había oído.

“¿Había sido sólo ruido o alguien había dicho algo?”, se preguntaba. *“¿Mi nombre quizás?”*

Esa parte estaba muy confusa y borrosa. En cambio, sí que tenía en la cabeza una imagen muy nítida de una pistola asomando por la ventanilla de un coche. No recordaba haber visto a la pistola abrir fuego, pero así debió ser, porque era consciente de haber sentido un fuerte golpe en el pecho justo antes de perder el conocimiento. Además, tenía un par de pedazos de plomo en la mano y un enorme hematoma en el torso, lo que sólo podía confirmar sus sospechas.

Cuando Michael recuperó el sentido, se encontró tumbado en mitad de la acera. No había ni un alma cerca de él, como si nadie se hubiera percatado de lo ocurrido, lo cual tampoco era tan extraño, porque por aquella calle nunca pasaba mucha gente a esas horas. Consiguió ponerse de rodillas y logró arrastrarse hasta el banco donde se encontraba en ese momento. Por el camino se las apañó para recoger las balas del suelo e, inconscientemente, se las guardó en el bolsillo del pantalón.

Había perdido la noción del tiempo. Desconocía qué hora era y cuánto rato había permanecido inconsciente. Instintivamente dirigió la vista hacia su muñeca, aunque no pudo ver la hora que era porque su reloj se había roto cuando cayó al suelo. El cristal de la esfera había

desaparecido y las manecillas no se movían. Michael comprobó que, además del reloj, también conservaba la cartera y el teléfono móvil. No habían tocado ni una sola de sus cosas de valor y eso significaba que no le habían disparado para atracarle, lo que no le hizo sentirse mejor. Todo hubiera sido mucho más fácil de entender, y de digerir, si simplemente hubieran intentado robarle.

“¿Por qué han intentado matarme?”, se preguntó. “¿Y si el asesino sigue todavía por aquí?”

Este último pensamiento provocó que se pusiera alerta inmediatamente y sus músculos se tensaran. Miró nerviosamente a su alrededor pero no vio a nadie, lo que no significaba nada, porque había cientos de sitios donde esconderse. Entonces Michael escuchó un crujido detrás de él y se levantó del banco como un resorte. Al girarse, distinguió la figura de un hombre que se acercaba a él con la mano extendida.

— Tranquilo, tío...una ayuda tío,...solo quiero una moneda.

Michael miró aterrado a aquel hombre y echó a correr en dirección opuesta.

— Será gilipollas —gritó el vagabundo—. ¡Un par de hostias te daba yo colega!, eso corre, corre, ¡Gilipooooollas!

Michael corrió sin mirar atrás hasta que no pudo más. Cuando paró para recuperar el resuello, comprobó nadie le había seguido y se sintió un poco estúpido. Debería haberse dado cuenta de que aquel tipo no quería hacerle daño claro que, después de lo que acababa de pasarle, lo extraño era que no se hubiera meado encima.

Se encontraba de nuevo en el bulevar y se dirigió a la boca de metro, creyendo que aquel era el sitio más seguro al que podía ir. Una vez en la estación, cogió el primer tren que pasó y se sentó en los asientos laterales del vagón. Desde allí, observó al resto de los pasajeros. Ninguno de ellos parecía sospechoso, por lo que se sintió un poco más tranquilo y pudo descansar un poco. Apoyó la cabeza en la ventana y cerró los ojos.

No tenía ni idea de lo que tenía que hacer a partir de ese momento. Descartó la posibilidad de ir a su casa ya que el asesino le podría estar

esperando allí. Abrió los ojos repentinamente y, por primera vez desde el incidente, se acordó de Mary.

“Gracias a Dios que Mary está de viaje”, pensó aliviado mientras se preguntaba qué haría ella en su lugar.

“Iría a la policía sin dudarle, y seguramente es lo que tendría que hacer yo”, razonó Michael. “Claro que entonces tendría que explicar cosas que ni yo mismo soy capaz de entender.

— Hola agente, verá, me acaban de disparar pero estoy bien. ¡Ah por cierto!, no me han robado absolutamente nada y eso que he estado un rato inconsciente. ¿Dónde me han disparado? No lo sé... ¿en el pecho quizá? No sé, no sabría decirle.”

Quitando el enorme moratón en el pecho, Michael estaba completamente ileso y eso no le iba a ayudar mucho a convencer a la policía. No había querido pensar mucho en eso. La situación era ya bastante extraña para, además, andar preocupándose en descubrir por qué estaba en un vagón del metro, en vez de estar tirado en la acera en medio de un charco de sangre.

Las únicas pruebas que tenía para presentar eran los dos pedazos de metal que guardaba en el bolsillo de su pantalón. A Michael, que no era abogado ni nada parecido, le parecía que las balas no constituían una prueba muy sólida. Muy probablemente le tomarían por un loco, un loco con un par de balas, lo que podría dar que pensar, que además de chiflado, andaba por ahí con una pistola.

Especuló que tal vez era lo mejor que le podía pasar. La perspectiva de pasar la noche en el calabozo de una comisaría, sabiendo que había alguien por ahí tratando de matarle, tampoco era tan mala después de todo. Tras reflexionar durante un rato, decidió que la policía era probablemente su mejor y única opción.

Michael se bajó del tren en la siguiente estación con la intención de presentarse en la primera comisaría que encontrase. Sin embargo, mientras subía por las escaleras mecánicas, un nombre le vino de improviso a la cabeza.

— ¡Tony! —se dijo a sí mismo en voz alta, mientras chasqueaba los dedos.

LA LLAMADA

— *No te asustes, los Bocca están enfadados porque han perdido una oportunidad con Oil Corp, una cojonuda, pero no harán nada más que apretarte un poco —dijo “Big” George a través del teléfono—. Estate tranquilo y no la jodas ahora, ¿entendido? Sólo querían acojonarte, eso es todo.*

— Y lo han hecho, joder. Lo han hecho muy bien —espetó Fred mientras se pasaba el teléfono de una mano a la otra para cambiar de marcha.

Sullivan hablaba por el teléfono móvil mientras circulaba muy deprisa por la autopista, como si quisiera poner cuanto antes, cuanta más tierra de por medio mejor. Conducía un coche potente, un enorme coche alemán recién estrenado. Siempre le habían gustado los coches grandes, grandes y caros. A lo mejor por eso, y por lo que gastaba en otros caprichos, era por lo que tenía tantos problemas con quien no debía.

— *Lo has hecho bien, aunque estaremos atentos por si se les ocurre hacer algo. Ahora vete a tomarte una copa, a visitar a tus putitas o lo que quieras. ¡Relájate! No quiero que hagas ninguna tontería.*

— ¿Qué “algo” me pueden hacer? —Sullivan estaba empapado en sudor y empezaba a quedarse pegado al asiento de cuero de su coche.

— *¿Alguien más sabe lo de nuestro acuerdo?* —preguntó “Big” George, ignorando la pregunta.

— Solo yo... espera...puede haber uno más... no...no...solo yo — Sullivan sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y se lo pasó por la frente.

— *Joder Fred, no he entendido nada de lo que acabas de decir.*

— *Porque en realidad no es nada. Sólo pensé que, a lo mejor, el chico podía saber alguna cosa. Pero no. Estoy seguro que no sabe nada.*

— *¿De quién coño estás hablando?*

— Bueno, es un tío joven, un ingeniero. Está llevando la parte técnica, ya sabes, los cálculos, los planos y todo eso. El chico no sabe nada de nuestro acuerdo, ni de los antiguos socios...ni de los trabajos especiales, de eso no sabe nada. Estoy seguro.

— *¿Cómo se llama?*

— Ya te he dicho que no sabe nada, que sólo es un...

— *¡Fred!* —le interrumpió la voz a través del teléfono—. *Me estás empezando a tocar los cojones, dime de una puta vez cómo se llama tu chico antes de que me cabree.*

Diez minutos después de colgar el teléfono, Fred Sullivan aparcó su imponente coche enfrente de un club de carretera al que solía ir de vez en cuando. Esa noche sólo se tomó un par de copas, no estaba de humor para nada más. Las chicas se acercaron como siempre, pero le conocían bien, así que le dejaron en paz cuando se dieron cuenta que no había nada que hacer.

Mientras Sullivan apuraba el último trago de la segunda copa, pensó de nuevo en el tremendo lío en el que estaba metido y se sintió un poco culpable.

“*Pobre Michael*“, pensó. “*A saber qué van a hacer esos cabrones contigo.*”

LA PROFESIONAL

Susan estaba dándose una ducha como cada vez que finiquitaba un trabajo. Tenía tiempo de sobra, su vuelo no saldría hasta unas cuantas horas después, por lo que se tomó su tiempo y disfrutó del agua caliente que recorría su cuerpo. Salió de la ducha y usó una vieja toalla para secarse. Seguidamente, cogió un pequeño secador de una bolsa de viaje y empezó a secarse el pelo.

— Este es mi último trabajo. Lo prometo. No volveré a hacerlo nunca más —se dijo a si misma mirando, muy seria, su reflejo en el espejo.

Entonces empezó a reírse. Siempre hacía lo mismo, era como un juego. Le encantaba hacer ese tipo de cosas; escenificar delante de un espejo algunas de las escenas que veía en las películas o posar como si fuera una modelo famosa en una sesión fotográfica.

Aquel día interpretaba al asesino a sueldo arrepentido, aunque la que más le gustaba hacer era aquella de: “*Hola, me llamo Íñigo Montoya, tu mataste a mi padre, prepárate a morir.*” Nunca se había atrevido a decirlo durante un trabajo, ella era una profesional, pero le encantaba fantasear con una de sus películas favoritas.

“*Dejar mi trabajo ¡qué tontería!*” pensó mientras guardaba el secador en la bolsa.

Susan abandonó el cuarto de baño y entró en el pequeño dormitorio del apartamento que había alquilado. Abrió el armario y cogió una blusa

blanca y unos pantalones de color negro. Siempre procuraba llevar ropa poco llamativa, especialmente si iba a un aeropuerto a coger un vuelo. Después de vestirse volvió al cuarto de baño. Se maquilló despacio, sin prisas, poniendo mucho cuidado en los detalles. Nunca usaba mucho maquillaje, como ocurría con la ropa, prefería ser discreta.

Cuando estuvo lista, encendió su ordenador portátil e hizo un barrido por las principales páginas de noticias locales, para ver si habían publicado algo de lo que había pasado aquella tarde. Sin embargo, no encontró nada.

“A lo mejor es un poco pronto”, se dijo.

Abrió el armario y esta vez cogió una maleta gris que puso sobre la cama. Mientras doblaba y colocaba la ropa dentro de la maleta pensó en cuanto le gustaba aquella ciudad y consideró que estaría bien conocerla mejor. Desde luego no sería enseguida, podría volver pasados un par de años, cuando nadie se acordara de lo que había ocurrido.

Eran las dos de la madrugada y ya lo tenía todo listo. Sabía que intentar dormir era imposible, nunca podía después de un trabajo, por lo que cogió el portátil de nuevo y buscó cualquier noticia en Google sobre tiroteos, homicidios o asesinatos ocurridos en las últimas veinticuatro horas. Nada. No era propio de Susan pero empezó a sentirse intranquila. Aquella era una ciudad grande y ocurrían muchas cosas todos los días, no obstante, encontrarse a una persona joven, muerta a tiros, en un barrio residencial era bastante excepcional no podía pasar desapercibido.

No le gustaba ser negativa, si bien valoró la posibilidad de que algo hubiera salido mal. Hubiera sido un auténtico milagro que su objetivo sobreviviese. Susan estaba completamente segura que le acertó dos veces en el pecho, a quemarropa, exactamente a la altura del corazón. Estaba muerto, no había otra alternativa, nadie podría haber sobrevivido. Por otro lado, aun en el improbable supuesto de que su objetivo siguiera vivo, seguía siendo muy extraño que nadie se hubiera hecho eco de un tiroteo en plena calle.

A las cuatro de la mañana seguía sin encontrar ni una señal de lo ocurrido. Instintivamente, empezó a pensar en las distintas opciones que

tenía. La mejor de todas ellas, la más lógica, era la de mantener el plan original y salir del país como tenía previsto.

“¿Y si he fallado?” se preguntó. *“¿Y si el trabajo no está acabado?”*

Susan jamás dejaba un trabajo a medias. Simplemente no podía. Aquella era su norma, de hecho, su principal norma y, por ese motivo, necesitaba algún tipo de confirmación antes de abandonar el país. Su instinto le decía que volver a la escena del crimen era lo único que podía hacer para descubrir qué demonios estaba pasando. En cambio, su cabeza le decía que eso era precisamente lo que nunca se debía hacer. Finalmente, después de luchar consigo misma durante un buen rato, tomó una decisión.

Apagó el ordenador portátil y lo metió en su funda. Revisó concienzudamente que no se dejaba nada y abrió la puerta del viejo apartamento. Echó un último vistazo y pensó que ya no le apetecía volver a aquella maldita ciudad.

LA FAMILIA

No había visto a su hermano desde hacía más de diez años y apenas solía pensar demasiado en su familia. Era un aspecto bastante doloroso de su vida que procuraba mantener olvidado. Únicamente había hablado sobre ella con Mary y sólo cuando le preguntaba. Pasado un tiempo, quizá un poco harta de sus evasivas, Mary dejó de hacerlo y, desde entonces, Michael estaba encantado de no tener que dar más explicaciones.

Por eso se le hacía tan extraño estar sentado en el asiento trasero de un taxi, camino de la casa que había sido de su padre, para, justamente, pedirle ayuda a su hermano.

Cuando Michael marcó el número de su antigua casa, dudaba incluso que su hermano quisiera ponerse al teléfono. Sin embargo, para su sorpresa, fue el propio Tony quien contestó la llamada. Tras unos incómodos segundos de silencio se identificó y le explicó que necesitaba verle urgentemente. Tony no dudó ni un instante y le preguntó a su hermano dónde estaba para mandar un coche a buscarle. Michael le respondió, un poco azorado, que no era necesario y que prefería coger un taxi.

Michael miraba por la ventana del coche con la vista perdida en las luces de la ciudad y no pudo evitar pensar en su padre. Por mucho tiempo que pasara, mantenía el claro recuerdo de su padre sentado en su enorme despacho, escribiendo en la libreta negra que siempre llevaba encima. Marcus había sido una persona elegante, inteligente y seria que

inspiraba respecto y miedo a partes iguales. También había sido el hombre que había mantenido a la ciudad sometida a su voluntad durante décadas.

Recordó aquellos tiempos pasados, cuando su padre seguía vivo y él era todavía un niño. Tuvo una infancia feliz; ni tan siquiera él mismo se atrevía a negarlo. Todo el mundo era muy atento y la gran casa en la que vivía estaba siempre llena de gente, dispuesta a cumplir su más mínimo deseo. En aquel tiempo Michael tenía muchísimos amigos, que eran en su mayor parte los hijos de los empleados de su padre.

Mientras fue demasiado joven para entender lo que pasaba a su alrededor, todo fue bien. Pero era un chico listo y poco a poco, según iba creciendo, se fue dando cuenta de que algo no iba bien. Los primeros problemas llegaron cuando empezó a preguntar cosas como:

“¿A qué se dedica papá?, ¿Por qué hay una persona en cada esquina de la casa?, ¿Por qué el tendero de la esquina se pone pálido cuando entro en su tienda?”

Las respuestas a sus preguntas eran siempre evasivas y Michael se percataba de ello.

Pasó el tiempo y donde antes veía amabilidad, empezó a percibir miedo. Lo que siempre había considerado amistad, ahora le parecía una impuesta obligación. Siempre fue un chico despierto, por lo que fue una cuestión de tiempo que descubriera cuales eran los verdaderos negocios de su padre. Asimilar que era el hijo del más poderoso de los jefes de la mafia que la ciudad había conocido, fue realmente duro.

Durante su último año en primaria, cuando ya era totalmente consciente de lo ocurría a su alrededor, Michael entró en el despacho de su padre y le pidió que le matriculara en un instituto que estaba en la otra punta de la ciudad. Lo había elegido expresamente porque creía que allí podría pasar por un perfecto desconocido. Marcus le dedicó una penetrante mirada que, normalmente, era suficiente para zanjar cualquier problema sin necesidad de decir ni una palabra. Sin embargo, aquel día no fue suficiente. Michael trató de explicarle atropelladamente que tenía que dejarle ir, que no quería estar en un sitio donde la gente le

tuviera miedo, que quería saber que sus amigos eran realmente sus amigos y que quería sentirse como una persona normal.

Marcus se mantuvo en silencio durante unos segundos. Por un momento, Michael tuvo la esperanza de que su padre dijera que sí, que tenía razón, y le dejara ir donde él quisiera.

— Irás a Saint Joseph con tu hermano y no hay más que hablar — fue la seca respuesta.

Tony era el hermano mayor de Michael y siempre fue su mejor amigo, su confidente y su héroe. Era un par de años mayor que él y le adoraba, aceptando su liderazgo sin cuestionarlo jamás.

Cuando Tony dejó el colegio para ir a Saint Joseph fue un momento muy duro para Michael. A partir de entonces, sin la compañía de la única persona en la que realmente confiaba, se sintió solo y extraño en el colegio. Las dudas y los recelos sobre los verdaderos sentimientos de sus compañeros aumentaron y el joven comenzó a mostrarse más solitario y huraño.

Sus notas empezaron a resentirse y sus profesores notaron que algo estaba pasando por lo que llamaron a su madre. Entonces Esther, la madre de Michael, lo achacó todo a que el niño estaba muy unido a su hermano y que simplemente lo echaba en falta.

— Se le pasará pronto —le comentó Esther al tutor—. Además, el problema tampoco puede durar mucho, porque pronto volverán a estar juntos en Saint Joseph.

Michael odiaba Saint Joseph con todas sus fuerzas y eso que todavía no había puesto un pie allí. Aquel viejo colegio católico era el destino natural de la mayoría de los chicos que iban a su colegio, por lo que sabía que en aquel lugar todo seguiría igual; la misma gente, las mismas dudas. Además, tenía otro motivo aún más importante para odiarlo.

Desde que Tony había entrado allí, había empezado a comportarse de forma distante con su hermano pequeño. Una vez se probó por primera vez su nuevo uniforme, era demasiado mayor para la mayoría de los juegos que antes disfrutaban juntos. Además, cuando salía de casa, no permitía a Michael que le acompañara a ninguna parte. En

numerosas ocasiones, Esther le había intentado explicar que todo aquello era normal.

— Tony es más mayor y le interesan otras cosas, pero no debes preocuparte— le dijo su madre—. Ya verás como muy pronto te interesan a ti también las mismas cosas y volvéis a estar todo el día juntos, como antes.

Pasó el tiempo y, en contra de lo que su madre había predicho, la distancia entre los dos hermanos aumentó aún más si cabe. Mientras Michael evitaba todo contacto con los negocios de su padre, especialmente la legión de guardaespaldas que continuamente circulaban por su casa, Tony parecía encantado de involucrarse cada vez más. El joven adolescente procuraba acompañar a Marcus en cada ocasión que podía, a la vez que pasaba mucho tiempo con los favoritos de su padre, que empezaron a verle como el líder natural que acabó demostrando ser. Era evidente, incluso para alguien tan joven, que Tony se estaba preparando para ser el heredero de su padre, y que él, no encajaba de ninguna manera en sus planes de futuro.

Finalmente Michael acabó ingresando en Saint Joseph y, como había temido, nada cambió. Pasaron los años y cuando apenas faltaba un mes para graduarse en Saint Joseph, Michael entró en el despacho de su padre y le dijo que quería continuar con sus estudios, pero que sólo se matricularía en una universidad que estuviese en el extranjero.

Marcus miró a su hijo, y, en esta ocasión, Michael no percibió ningún rastro de desaprobación o ira. A pesar de que pensó en ello muchas veces, nunca estuvo seguro del significado de aquella mirada, aunque le pareció distinguir la sombra de una inmensa tristeza en ella.

— ¿Has elegido ya la universidad?

— Sí —fue la escueta respuesta de Michael. Por algún motivo le costaba decirle a su padre lo lejos que se quería ir.

— ¿Estás seguro que es lo que quieres? —Marcus preguntó de nuevo.

— Sí.

— Muy bien. Pídele a Paul que te arregle los papeles y no te preocupes por el dinero, tendrás todo el que necesites.

Aquella conversación fue la última que mantuvieron padre e hijo. El joven había conseguido, por fin, lo que llevaba tanto tiempo anhelando. Sin embargo, no se sintió tan bien como se había imaginado. Comprendió que a partir de aquel día, la relación con su familia nunca volvería a ser la misma.

Marcus no había sido una persona cariñosa aunque siempre fue atento con sus hijos. Michael no recordaba demasiados momentos de complicidad con él, si bien, era cierto que a su lado siempre se había sentido protegido y, de alguna forma, querido. Por eso, una parte de él se entristecía mucho por dejar su casa. Por otro lado, sabía que nunca sería capaz de aceptar lo que su padre representaba para mucha gente; un hombre despiadado, un hombre que no dudaba en matar a otra persona si creyese que era necesario.

Michael dejó la ciudad rumbo a Londres y solamente su madre fue a despedirle al aeropuerto. La despedida fue muy dura para él, no tanto por las lágrimas de su madre o la ausencia de su padre, sino por comprobar que su hermano tampoco había acompañado a Esther. Sabía que Tony estaba muy resentido, pero no esperaba que lo estuviera tanto como para no querer decirle adiós siquiera.

Llegó a Londres en verano y se adaptó enseguida a su nueva vida. Al principio escribía o llamaba a su madre una o dos veces por semana. Con el paso del tiempo, las cartas y las llamadas se fueron espaciando cada vez más.

Pasaron un par de años y Michael estaba completamente integrado en la universidad. Incluso había conseguido un trabajo como ayudante de uno de los profesores. Aquel trabajo le permitía ser económicamente independiente, por lo que llamó a su madre para que le dijera a su padre, que ya no necesitaba que le mandase más dinero. No obstante, el ingreso siguió llegando obstinadamente todos los meses. Michael desconocía el motivo de tanta resistencia. Incluso había llegado a llamar al banco, para pedirles que devolvieran el ingreso, sin éxito. Especuló con la posibilidad de que Marcus se resistía a eliminar el único nexo que le mantenía unido con él, como si pensara que al dejar de enviarle dinero, le pudiera perder para siempre. Nunca había sido un hombre sentimental

y aquello no encajaba en absoluto con su personalidad, por lo que nunca llegó a estar seguro del verdadero motivo por el que su padre le seguía enviando dinero.

Una noche, mientras Michael dormía, sonó el teléfono del apartamento que compartía con otros dos estudiantes. Cuando descolgó el teléfono, reconoció enseguida la voz de la secretaria de su padre que preguntaba por él.

— Hola Gladys, sí, sí, soy yo, Michael ¿no sabes qué hora es aquí?

— *Tienes que volver cuanto antes, tu padre está mal, muy mal. Le han llevado al hospital. Es lo único que me han dicho* —dijo Gladys sollozando con la voz quebrada.

Michael llegó al aeropuerto un par horas después y recogió el billete que Gladys le había reservado. La secretaria de su padre no le había dado más detalles así, durante el vuelo, estuvo especulando con lo que le había podido pasar a Marcus.

Cuando finalmente llegó al hospital, su padre había fallecido. Entró apresuradamente en el área reservada donde habían tenido ingresado a Marcus y lo primero que le llamó la atención fue que, más que un hospital, aquello parecía un cuartel. En cada rincón había alguien serio, vigilante, con el inconfundible aspecto de mercenario tan característico de los hombres de su padre. Incluso tuvo que identificarse ante un par de enormes esbirros, antes de poder seguir avanzando. Luego, cuando comprobaron quien era, fue conducido a un pasillo donde le esperaba su hermano.

— Hola Tony, ¿qué ha pasado? ¿Cómo está papa? —preguntó Michael mientras caminaba hacia él.

— Papa ha muerto —contestó Tony abruptamente.

Michael se quedó inmóvil a un par de metros de su hermano. Trató de reprimir las lágrimas y mantenerse firme e intuyó que su hermano estaba tratando de hacer lo mismo. Estaba claro que ninguno de los dos estaba dispuesto a derrumbarse delante del otro.

— ¿Cómo ha sido? —preguntó.

— Eso no importa ahora. Lo mejor es que vayas con mamá. Está en la sala de espera —dijo señalando una puerta con el dedo.

Tony hablaba con el mismo tono severo y tranquilo que solía utilizar su padre. Michael comprendió que su hermano estaba interpretando su papel, ocupando el lugar de su padre, y que no toleraría que nadie cuestionase sus órdenes, ni tan siquiera su propio hermano. Observó a Tony durante unos segundos antes de obedecer, a continuación, entró en la sala de espera sin decir nada más.

Aun tuvo que esperar casi un par de días para enterarse de lo que realmente le había ocurrido a su padre. Como había sospechado, Marcus había sido asesinado y, aunque nadie quiso dar detalles, sí que le contaron lo suficiente para hacerse una idea de lo que había sucedido. Después del entierro, el mismo día que dejó la ciudad para volver a la universidad, uno de los pistoleros que su hermano había dispuesto para escoltarle le contó que, a pesar de ser un tipo curtido, todavía tenía pesadillas por lo que había visto esos últimos días.

Aquel tipo le contó que algunos años antes una nueva banda había llegado a la ciudad. Se dedicaban a cometer pequeños robos, contrabando de tabaco, algún trapicheo con heroína y tenían un par de chabolas con cuatro o cinco chicas. Cuando empezaron eran tan pequeños, tan insignificantes, que nadie pensaba que pudieran ser una amenaza para Marcus y su gente. No obstante aquellos tipos eran tenaces y sus negocios fueron creciendo poco a poco. Se trataba de gente ruda y demostraron ser bastante violentos en las pocas ocasiones que alguien intentó meter las narices en sus asuntos.

Pasó el tiempo y algunas personas dentro de la familia Bocca empezaron a pensar que se estaban convirtiendo en un problema, un serio problema. Pese a las advertencias, Marcus no lo entendía así. Aquellos tipos nunca habían salido de su territorio, una zona tan marginal que a nadie, ni tan siquiera a la policía, le preocupaba lo que pasara allí. Además, los negocios de la familia no se habían visto afectados, por lo que no veía ninguna necesidad de hacer algo.

Marcus no solía cometer errores aunque, aquel día, cometió uno que acabaría pagando muy caro. En una ciudad donde todo el mundo parecía tener un precio, las noticias volaban de boca en boca. Por eso, cuando la nueva banda se enteró que el “*Gran hombre*” no pensaba

hacer nada, en vez de verlo como un golpe de suerte, lo consideraron como un signo de debilidad. Demostraron ser tan ambiciosos como estúpidos y creyeron que aquella era una ocasión perfecta para poner las cosas patas arriba y tomar el control de la ciudad.

Con los años Marcus se había vuelto un hombre confiado. Por supuesto seguía teniendo sus guardaespaldas, que le acompañaban a todas partes, pero había relajado sus hábitos. Incluso solía salir sin avisar de la oficina a tomar un café o a comprar alguna cosa. Normalmente sus guardaespaldas se percataban de ello y rápidamente le seguían allá donde fuera, aunque no siempre lo conseguían. Marcus actuaba como si no le preocupara que le siguiesen o no, es más, se rumoreaba que disfrutaba mucho cada vez que dejaba en evidencia a sus escoltas.

Un día Marcus salió del edificio donde tenía su oficina y se dirigió hacia el bar donde solía tomarse un café todas las mañanas. Esta vez sus chicos no le habían seguido, por lo que estaba completamente solo. Cruzó la calle sin prestar atención al hombre que acababa de salir de un coche que estaba aparcado junto a la acera. Aquel hombre sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta y se le acercó por la espalda.

Los escoltas de Marcus le encontraron inconsciente, tendido en el asfalto con dos disparos a quemarropa en la cabeza. Cuando llegó al hospital seguía milagrosamente vivo, pero no hubo suerte; sus heridas fueron demasiado graves para conseguir sobrevivir.

El hombre que le había disparado tampoco fue muy afortunado. El muy infeliz se había dejado atrapar por los matones que Tony había enviado tras él. Más le hubiese valido haberse entregado a la policía cuando aún pudo hacerlo.

Resultó ser un pobre diablo, un *junkie*, al que le habían prometido unas cuantas dosis por matar a un viejo. Nunca se supo que pasó con él y no se le volvió a ver jamás. Lo que sí que se supo fue que, antes de volatilizarse como si nunca hubiera existido, contó todo lo que sabía sin omitir ningún detalle.

Nadie conocía cual iba a ser la reacción de Tony ante todo aquello. Tampoco hubo alguien que se atreviese a cuestionarle como legítimo

heredero de Marcus, aunque una pregunta flotaba en el ambiente; ¿estaría el joven heredero preparado para suceder a su padre, precisamente ahora que alguien les había declarado la guerra?

Pronto todo el mundo conoció la respuesta, porque tan sólo necesitó cuarenta y ocho horas para disipar las dudas que sobre él pesaban. Todos sus enemigos, sin excepción, fueron eliminados de forma rápida y limpia antes de que la policía pudiera sospechar siquiera lo que estaba aconteciendo.

Michael no tenía ninguna intención de preguntar al pistolero por más detalles. Ya sabía suficiente, quizá demasiado, por lo que no le dio pie a seguir contándole más cosas.

Después de la muerte de Marcus, Tony asumió el control de los negocios de la familia y Michael volvió a la universidad. Los dos hermanos no se habían vuelto a ver desde entonces, ni tan siquiera cuando Michael regresó a la ciudad después de acabar sus estudios en Londres.

Cuando llegó a su destino, Michael pagó al taxista y bajó del coche. La gran puerta metálica que daba paso a la propiedad de su padre seguía exactamente como la recordaba. Entonces, con un leve chirrido, la puerta se abrió, apareciendo un hombre de mediana edad vestido con un traje negro.

— ¿Sr. Bocca? —dijo.

— Michael asintió, preguntándose cuanto tiempo había pasado desde la última vez que había usado el apellido de su padre.

— Pase por favor, su hermano le está esperando.

ANSIEDAD

Nadie hubiera podido dudar nunca que Susan era una profesional. Por eso, cada vez que hacía algo estúpido como lo que estaba a punto de hacer, se enfadaba muchísimo consigo misma.

“Jamás” se repetía. “Jamás vuelvas.”

Miró el cuentakilómetros y aminoró un poco la marcha, estaba conduciendo bastante deprisa.

“Solo falta que me pare la policía por exceso de velocidad. ¡Cálmate joder!”

Era consciente de que no debía estar allí. Su lugar debía ser otro, en el aeropuerto, esperando tranquilamente la salida de su vuelo. Sin embargo, no podía dejar el país sin saber qué demonios había ocurrido. Solamente echaría un vistazo e, inmediatamente, se encaminaría al aeropuerto a tiempo de largarse como había previsto.

Mientras conducía, empezó a repasar algunas de las situaciones delicadas a las que su maldita curiosidad le había arrastrado. Entonces, recordó una especialmente extraña que le había ocurrido un par de años atrás.

Su objetivo era un empresario de unos cuarenta y tantos, rico, todavía atractivo y muy simpático tal y como Susan llegaría a descubrir más tarde. Además, aquel tipo le era sistemáticamente infiel a su mujer, la cual, cansada de las constantes humillaciones, decidió acabar con él de una vez por todas.

El objetivo viajaba mucho a una isla caribeña por negocios, le decía a su mujer, aunque esta sabía perfectamente que no era precisamente por trabajo por lo que iba continuamente allí. Susan pensó que sería una buena alternativa aprovechar alguno de esos viajes para llevar a cabo el encargo y su cliente estuvo de acuerdo.

Susan viajó a la isla y estudió a su objetivo durante unos días, confirmando todas y cada una de las sospechas de su cliente. El hombre estaba con un grupo de amigos e iban empalmando una juerga con otra, rodeados constantemente de mujeres tan atractivas como jóvenes.

Le estuvo estudiando durante cuatro días y comprobó que su vida en la isla era básicamente nocturna. Así, durante el día, aprovechó para tomarse una suerte de vacaciones. Fue a la playa, tomó el sol en la piscina del hotel e incluso hizo una pequeña excursión en barco. Llegó a pensar que nunca tendría un encargo tan bueno como aquel. El quinto día decidió que sería el último de vigilancia y que finiquitaría el negocio al día siguiente. Estaba disfrutando mucho su estancia en la isla, pero ya no podía alargarlo más, se le estaba acabando el tiempo.

Aquella noche, el objetivo y sus colegas entraron en una discoteca con un grupo de siete u ocho chicas. Era evidente que habían estado bebiendo bastante, por lo que pensó que no había riesgo de que se dieran cuenta de que les estaban siguiendo y entró ella también. El grupo ocupó una mesa en la terraza, mientras ella se quedó en la barra a unos quince metros de ellos. Susan pidió un mojito y observó discretamente. Los hombres se estaban comportando como adolescentes, ruidosos y torpes, haciendo el ridículo con sus bromas subidas de tono y sus bailes descompasados. Las chicas les seguían completamente el juego, aparentando disfrutar tanto como ellos, seguramente con la esperanza de conseguir una buena propina al final de la noche.

“¿Por qué se quitan el traje y actúan todos como gilipollas?”, se preguntó mientras le daba un trago al mojito con la pajita.

Entonces, se dio cuenta que uno de ellos, precisamente su objetivo, había dejado de prestar atención a las chicas y estaba mirando fijamente en dirección a la barra, justo donde ella se encontraba.

Susan sintió una punzada de miedo en su espalda. *“¿Sospechará algo?”*.

Cinco minutos después estaba segura que era a ella a quien el hombre estaba observando. Decidió que lo mejor era marcharse de allí. Se acabó el mojito y se giró buscando al camarero con la intención de pedir la cuenta.

— ¿Estás sola? —oyó que alguien preguntaba.

Cuando se giró de vuelta, justo delante de ella, estaba el hombre al que había venido a matar, obsequiándola con una encantadora sonrisa de oreja a oreja. Contuvo como pudo la terrible sensación de pánico que se apoderó de ella e hizo un enorme esfuerzo por sonreír.

— No eres muy original, ¿verdad? —consiguió pronunciar tratando de parecer lo más natural posible.

— No, no lo soy —se acercó un poco más a ella—. Lo que pasa es que no estoy acostumbrado a hablar con chicas tan guapas como tú.

Susan nunca había sido una mujer especialmente atractiva. No era ni guapa ni fea, aunque se mantenía en forma por lo que tenía una buena figura. Tener un aspecto común le había sido siempre muy útil. No llamar la atención en ningún sentido era básico en su negocio y, en aquel momento, era evidente que no lo estaba consiguiendo.

El hombre comenzó a contarle una serie de tonterías, cada cual más increíble, acerca de las casualidades que tenía la vida. Susan se relajó un poco al ver que solamente estaba tratando de flirtear con ella.

“Parece que no sospecha nada” pensó, manteniéndose alerta.

— ¿Puedo invitarte a algo?

— Está bien, me tomaré otro mojito —contestó la mujer sonriendo.

Los minutos fueron pasando y Susan se sentía cada vez más cómoda. Pidieron una ronda tras otra y, mientras, aquel tipo no paraba de hacerla reír. Un par de horas más tarde, cuando él le estaba mordisqueando el pezón en el ascensor del hotel camino de su habitación, Susan casi había olvidado el verdadero motivo por el que había viajado hasta aquella isla.

Llegaron a la habitación y él comenzó a besarle el cuello mientras le quitaba la ropa muy despacio. Ella se dejó llevar y se tumbó desnuda en la cama mientras él se desabotonaba la camisa. Hicieron el amor un par de veces hasta que él, exhausto, cayó dormido. Entonces Susan

volvió súbitamente a la realidad, como si alguien le hubiera dado una bofetada en plena cara. Sin poder creerse del todo lo que acababa de hacer, se vistió lo más rápido que pudo y dejó la habitación del hotel sin hacer el más mínimo ruido.

Dos días después la policía encontró el cuerpo de un turista de mediana edad, flotando cerca de la dársena del puerto, con un tiro en la cabeza. No encontraron ni la cartera, ni el reloj, ni un anillo de casado. No había nada que pudiera identificarle.

El capitán Alonso se aproximó al policía de uniforme que estaba sacando unas fotos de la zona donde habían encontrado el cadáver.

— Hola Emiliano, ¿qué tenemos aquí? —pregunto el capitán Alonso mientras palmeaba amistosamente el hombro del policía.

— Parece un robo —contestó Emiliano, apartando la cámara de su cara—. Se resistió y le mataron. No es el primer turista que se pasa de listo y se mete donde no debe. Este es un barrio peligroso.

El capitán Alonso se dirigió a la camilla donde aún se encontraba el cadáver. Abrió la bolsa de plástico y echó un vistazo. Luego cerró la bolsa muy despacio y se acercó al policía de uniforme.

— ¿Estás seguro que ha sido un robo? —preguntó el capitán con cierta sorna—. Un solo tiro, limpio, en plena frente y no hay más signos de violencia. No sé Emiliano, para mí que esto no se parece mucho a lo que suele pasar por aquí —el capitán señaló con el dedo pulgar al barrio de chabolas que se veía desde la dársena del puerto.

El policía de uniforme miró fijamente al capitán Alonso. Hacía muchos años que se conocían y existía una gran confianza entre ellos.

— Claro que sabemos que no ha sido un robo. Pero con los medios que tenemos y con lo pesados que se ponen los gringos, ¿no es lo mejor que podemos decir?

— Tienes razón —reconoció el capitán después de valorar durante unos segundos lo que acababa de escuchar—. Ya sabemos a qué vienen estos cabrones. Además, no estamos en Las Vegas ¿verdad?

TONY

Michael esperaba en la salita donde le había conducido el hombre del traje negro. Era curioso lo extraño que se llegaba a sentir en aquel lugar, a pesar de que había sido su hogar durante muchos años. La mansión había cambiado poco, por lo menos la planta baja. Se había mantenido la distribución de las habitaciones y reconoció muchos de los muebles como, por ejemplo, el sofá en el que estaba sentado en aquel momento. Esbozó una pequeña sonrisa cuando distinguió un arañazo que tenía el sofá en una de sus patas, un arañazo, que él mismo le había hecho algunos años atrás. Se encontraba incómodo y, al mismo tiempo, un poco avergonzado. Había renegado completamente de su familia durante los últimos años, más en aquel momento, cuando tenía un problema realmente serio, el único lugar donde se sentía seguro era aquella casa. Se repetía a sí mismo que lo que había pasado aquella noche era totalmente excepcional. Aunque, también dudaba de si eso podía justificar estar allí sentado, esperando a ser recibido por su hermano.

La puerta de la salita se abrió y apareció de nuevo el hombre del traje negro.

— El señor Bocca le recibirá ahora mismo —dijo invitando a Michael a pasar.

Tony estaba sentado en un enorme sillón de piel, detrás de un magnífico escritorio de caoba. Michael se sorprendió mucho al ver a su hermano y comprobar cuanto se parecía a su difunto padre.

— Siéntate —dijo Tony señalando una silla que estaba frente él—. ¿Cuánto tiempo hace de la última vez, cinco, seis años? —preguntó. Su semblante era muy serio y Michael pudo percibir cierta ironía en el tono de su voz.

— Ya sabes que fue cuando murió papá.

Tony le lanzó una mirada feroz, dejando claro que no le gustaba nada recordar la muerte de su padre.

— ¿Cómo está mamá? —preguntó Michael cambiando de tema.

— Ya está mejor. Está descansando unos días en la casa de la playa. ¿No sabías que ha pasado por una depresión y que intentó suicidarse? —Tony esperó unos segundos a que Michael digiriera lo que acababa de decir antes de continuar—. La muerte de papa primero y tu huida después la afectaron muchísimo, ¿seguro que nadie te contó lo de la depresión?

Michael no tenía ni idea de los problemas de su madre, y como sospechaba que era la intención de Tony, la noticia le hizo sentirse culpable. Esther siempre había sido una mujer cariñosa y alegre. Perder el contacto con ella fue lo más duro. Incluso pensó en pedirle que se alejara de aquel mundo, pero Esther jamás hubiera aceptado separarse de su familia. También había barajado la posibilidad de mantener el contacto únicamente con ella, claro que entonces, su madre hubiera tratado insistentemente de convencerle de volver a casa y esa presión permanente hubiera sido muy difícil de llevar.

— Ya sabes que no —respondió Michael con un nudo en la garganta.

Tony observó a su hermano detenidamente e inspiró profundamente.

— Mira Mickey, esto es para mí bastante raro ¿vale?, así que vamos a empezar de nuevo —dijo rebajando el tono de voz.

— Está bien —fue lo único que Michael acertó a decir.

— Por teléfono me dijiste que tenías un problema serio y que tenías que verme cuanto antes. Bueno, ya estás aquí, así que creo que lo mejor es que me lo cuentes todo.

Michael tomó aire y le contó de corrido todo lo que le había pasado. Cuando acabó, sacó las dos balas de su bolsillo y las colocó encima de la mesa de caoba.

— Esto es lo único que tengo que me recuerda lo que ha pasado y que no me he vuelto loco.

Tony cogió las dos balas y las observó detenidamente. Un momento después, las volvió a dejar donde su hermano las había puesto.

— Entonces, sólo recuerdas una pistola asomando por la ventanilla de un coche y un fuerte golpe en el pecho.

Michael asintió.

— ¿No recuerdas el modelo del coche o quizás la matrícula?

— No.

— ¿Alguna cara? ¿alguna prenda de vestir? —Tony continuó preguntando.

— No.

— ¿Oíste algún ruido? ¿Alguien te dijo algo?

— No, no sé. A lo mejor. No lo recuerdo bien.

— ¡Joder, Mickey! No me lo estas poniendo nada fácil —Tony parecía estar muy enfadado.

Michael sabía lo malhumorado que podía llegar a ser su hermano. Además era obvio que últimamente no estaba acostumbrado a decir *por favor, gracias o lo siento*.

— Luego dices que no te robaron nada —continuó.

— Nada. Cuando desperté estaba todo allí; la cartera, el reloj y el móvil. Estaba todo allí —repitió.

Tony permaneció pensativo y Michael vio la oportunidad para preguntarle por una cosa que le había rondado por la cabeza, desde que se había subido al taxi.

— ¿Crees que todo esto puede venir de algún asunto tuyo?

Automáticamente, Tony se incorporó del sillón furioso, fulminando con la mirada a su hermano.

— ¡Cómo te atreves siquiera a insinuar que yo pudiera...!

Michael se levantó también y alargó los brazos temiendo que su hermano pudiera golpearle.

— No, no, por favor, no me malinterpretes —Michael dio dos pasos hacia atrás—. No es un secreto que somos hermanos, podrían tratar de matarme a mí, como hicieron con papá, por algo relacionado con tus negocios.

Tony seguía de pie, inmóvil, reflexionando sobre lo que había dicho Michael. A continuación, se sentó un poco más tranquilo.

— No creo que sea como tú dices —dijo cogiendo las dos balas de nuevo.

Michael pensó que, en contra de lo que acababa de decir, su hermano estaba en aquel momento barajando la posibilidad de que el ataque tuviera algo que ver con sus negocios aunque, por supuesto, nunca se lo reconocería. Tony estudió las dos balas y, con ojo experto, confirmó que se trataban de unas 9 mm.

— ¿Te dieron estas dos en el pecho?

Michael asintió otra vez.

— Eso es otra cosa que no logro entender —dijo—. No me explico por qué sigo vivo.

Extrañado, Tony observó a su hermano como si no se creyese lo que acababa de oír.

— ¿Estás de coña, verdad? ¡Pero si eso es lo único que he tenido claro desde el principio!

Ahora era Michael quien no entendía nada de lo que decía su hermano.

— El *don*, hermanito —Tony sonrió por primera vez desde que Michael había entrado en su despacho—. Ese *don* tuyo te ha salvado el culo esta noche.

PERO, ¿DÓNDE COÑO ESTÁ ESTE TIPO?

Susan aparcó el coche a tres manzanas del lugar donde había disparado a Michael. Había decidido que sería menos sospecho si simplemente pasaba andando porque, en caso de ir en coche, no tendría más remedio que reducir mucho la velocidad y ponerse en evidencia sacando la cabeza por la ventanilla. Todo a su alrededor parecía estar muy tranquilo. Caminó procurando mantener un paso normal, no quería que se notara lo ansiosa que estaba. Divisó el parque poco después y no advirtió ninguna pista de que la policía o los sanitarios hubieran pasado por allí. Ni tan siquiera había rastro de las cintas de plástico amarillo que la policía solía utilizar para acordonar la calle.

Llegó al punto exacto donde había disparado y comprobó que allí no había indicios de lo que había ocurrido. Incluso se encontró que la acera estaba completamente limpia. Se obligó a seguir caminado normalmente y bordeó el parque dirigiéndose de nuevo hacia el coche, mientras su cabeza trabajaba a mil por hora.

“El muy cabronazo no puede seguir vivo” pensó. “Incluso si así fuera, después de dos tiros en el pecho, tendría que haber sangrado como un cerdo. Pero no hay ni una gota.”

Entonces algo se iluminó en su cabeza y lo tuvo claro.

“Un chaleco anti-balas”, se dijo. “El muy cabrón llevaba puesto un chaleco anti-balas.”

A pesar de haberle disparado casi a quemarropa, cabía la posibilidad de sobrevivir si se llevaba un chaleco anti-balas. Susan continuó caminando. Un hecho como aquel lo cambiaba todo. Que el objetivo estuviese al tanto de que estaba en peligro, podía significar muchas cosas.

Por ejemplo, podría indicar que sospechaba que alguien quisiera matarle y por eso llevaba el chaleco puesto. Era chocante que un simple oficinista llevara uno, pero era una posibilidad.

“¿Y si aquel tipo no fuera un simple oficinista y realmente fuera otra cosa como un militar o, incluso, un policía?” Susan se preguntó torciendo el gesto mientras caminaba. No le apetecía nada la idea de verse envuelta en un asunto con la policía.

Por otro lado, también tenía que valorar la posibilidad de que alguien estuviera tratando de jugársela. Siempre procuraba pasar desapercibida, no obstante, con un trabajo como el suyo, era imposible no tener enemigos. Le podían haber encargado un trabajo falso y luego esperar a que ella misma se descubriera cuando fuera a llevarlo a cabo. De ese modo, una vez localizada, sólo bastaba elegir un buen momento y acabar con ella.

Llegó a su coche y se dirigió al centro de la ciudad. Devolvió el vehículo en un servicio 24 horas y se encaminó hacia el metro. El metro acababa de abrir, por lo que todavía no había mucha gente en los andenes. Aun así, se aseguró que nadie la seguía y cambió de tren hasta en tres *ocasiones*. Susan se apeó en una estación cercana al hotel que había reservado desde su teléfono móvil. El apartamento seguía disponible porque lo había alquilado por un mes entero, sin embargo, no pensaba volver allí porque ya no era un lugar seguro.

Susan había decidido quedarse, no podía irse sin saber qué demonios estaba sucediendo. Existían demasiadas incógnitas, incluida la sospecha de que alguien estaba tratando de jugársela. Además, por desgracia, tampoco había cumplido con su contrato y ella, ante todo, era una profesional que nunca dejaba un trabajo sin terminar.

EL DON

Michael estaba tumbado en la cama del hotel donde los hombres de Tony le habían llevado. Su hermano le había recomendado que no volviera a casa hasta que las cosas se hubieran aclarado y, para su alivio, no le había ofrecido pasar la noche en la mansión. Por nada del mundo quería pasar la noche allí, por lo que el hotel resultó ser una buena solución para todos.

— No te preocupes, estarás seguro —le dijo Tony cuando se montó en el coche.

A pesar de estar extremadamente cansado y dolorido, Michael no podía conciliar el sueño. Tenía la sensación de que todas las cosas que siempre había tratado de enterrar y olvidar, se habían puesto de acuerdo para regresar a su vida al mismo tiempo. Al menos, una de ellas había vuelto en el momento preciso para salvarle la vida aquella noche. No se explicaba cómo no se había dado cuenta antes, pero hacía tantos años que no se había manifestado, que se había olvidado por completo de eso que su hermano llamaban el *don*. El nombre se lo había puesto Tony que, además, era la única persona que conocía su existencia. La primera vez que se manifestó, Michael apenas tenía unos seis años.

Era un día de otoño y los dos hermanos estaban jugando en el salón porque fuera estaba lloviendo. Tenían totalmente prohibido jugar con la pelota dentro de casa pero, cuando llovía, solían hacerlo a escondidas.

Tony chutó la pelota con mucha fuerza y cuando Michael, que siempre hacía de portero, trató de atrapar el balón, empujó accidentalmente el jarrón favorito de su madre, que cayó de la mesilla en la que estaba colocado.

Los dos niños observaron aterrados como caía el jarrón, si bien, este nunca llegó a tocar el suelo. Para su asombro, el jarrón quedó suspendido unos veinte centímetros por encima de suelo, como si un hilo invisible lo mantuviera suspendido.

Los chicos estaban con la boca abierta, temerosos de moverse por si se rompía el hechizo, hasta que Tony reunió el valor para hacerlo. Se acercó despacio y con mucho cuidado sujetó el jarrón. Al principio, cuando trató de levantarlo, fue incapaz de moverlo ni un milímetro. El niño tiraba cada vez más fuerte y el jarrón por fin empezó a ceder poco a poco. Tony lo examinó con sumo cuidado y, para su alivio y el de su hermano, no encontró ni un arañazo en la fina superficie de porcelana. Volvió a dejar el jarrón en su sitio otra vez y ninguno de los dos dijeron nada de lo que habían presenciado en lo que quedaba de día.

Más tarde, cuando habían terminado de cenar y estaban metidos en la cama Tony le preguntó a su hermano.

— ¿Qué fue eso, lo de esta tarde? ¿Tú crees que fue magia?

— No lo sé y la verdad es que estoy un poco asustado —confesó Michael.

— ¡No me extraña! Si yo fuera capaz de hacer ese tipo de cosas también estaría asustado.

— ¡Si yo no he sido! —protestó.

— ¡Claro que fuiste tú! Me acuerdo perfectamente de tu cara mirando al jarrón mientras caía.

Michael se giró dando la espalda a su hermano. Sabía que Tony tenía razón, pero no quería pensar más en ello. Aquella tarde había experimentado algo increíble y aterrador a partes iguales. Se veía incapaz de describir lo que había hecho, sobre todo, porque no era capaz de entenderlo siquiera.

— ¿Crees que podrás hacerlo otra vez? —preguntó.

— No lo sé —admitió Michael—. Y deja ya de preguntarme cosas. ¡Quiero dormir!

A partir de aquel día, las nuevas habilidades de Michael se empezaron a mostrar de forma recurrente. Descubrió que no sólo era capaz de sostener cosas en el aire, además, era capaz de moverlas. Tanto él y como su hermano empezaron a ver palos, monedas, juguetes y otros objetos volando por su habitación como si tuvieran vida propia. Del estupor inicial, pasaron a un estado de curiosidad total, especialmente por parte de Tony. Una tarde, estando en el jardín, Tony le pidió que se mantuviera de pie a unos diez metros de él.

— Estate quieto, no te muevas y concéntrate —le indicó a su hermano.

Tony cogió una piedra del suelo.

— Sobre todo no te muevas —insistió.

Tony lanzó la piedra con todas sus fuerzas y, para su decepción, vio como impactaba en plena frente de Michael. Su hermano pequeño se llevó las manos a la cara y empezó a llorar. La sangre brotaba de forma copiosa y pronto cubrió la cara del niño. Al verse con las manos completamente manchadas de sangre, comenzó a correr hacia la casa gritando como un poseso. Marcus y Esther tuvieron que llevar a Michael al hospital, donde le pusieron cuatro puntos de sutura. Mientras cosían a Michael, Tony no les contó la verdad a sus padres. Les dijo que se enfadó con su hermano mientras jugaban porque no le dejaba la pelota y que, por ese motivo, le tiró una piedra a la cabeza. Marcus se enfadó muchísimo con él y le castigó sin ver la televisión durante un mes. De aquella forma tan dolorosa, fue como descubrieron que Michael era incapaz de controlar sus poderes de forma consciente.

Algunos días después del experimento, Tony le dijo a Michael que, si no se podía controlar, el *don* era una cosa completamente inútil, incluso peligrosa si su padre descubría la verdad. Michael reconoció que su hermano estaba en lo cierto solo que, así como no podía provocar que pasaran cosas, tampoco podía evitar que estas ocurrieran.

La época en la que ambos aún iban al colegio, fue cuando el *don* se manifestó de forma más pertinaz. Tony se afanó por ocultar lo mejor

posible los efectos de las nuevas habilidades de su hermano y, salvo por alguna que otra excepción, consiguió que pasaran desapercibidas. Durante su estancia en Saint Joseph, los fenómenos se fueron espaciando cada vez más, hasta que, ya en la universidad, desaparecieron por completo..., hasta aquella misma tarde.

Michael se levantó de la cama y fue al baño. Se lavó la cara y observó pensativo su reflejo en el espejo. Entonces se concentró en el vaso de cristal que estaba encima del lavabo y, como era de esperar, no pasó nada. Meneó la cabeza de un lado al otro y salió del cuarto de baño, para recostarse de nuevo en la cama.

“Lo mejor es que trate de dormir un poco” pensó cerrando los ojos.

LA ORDEN

— *Johnny, soy yo* —dijo “Big” George sin más preámbulo.

— *Hola jefe, ¿cómo estás?* —contestó Johnny “Seventies” cambiándose el teléfono de mano.

— *Escucha atentamente* —continuó George—. *Hay un tipo que quiero que investigues. Es un ingeniero de Oil Corp. Quiero que te enteres de que hace, a qué gente ve, a quién se folla, todo ¿entendido?*

— *Si jefe, perfectamente.*

— *No hace falta que te diga lo importante que es lo de Oil Corp. Así que si descubres de algo raro, me llamas inmediatamente.*

— *Ok, jefe sin problema.*

— *Te estoy mandando un SMS con los datos del chico, nombre dirección y todo eso. Cualquier cosa me avisas.*

— *No se preocupe, cualquier cosa le ...*

La llamada se cortó sin que Johnny tuviera tiempo de terminar de hablar. Inmediatamente sonó el aviso de que había recibido un SMS en su teléfono móvil. Johnny leyó el mensaje y a continuación reflexionó en voz alta:

— *Muy bien señor Michael Smith, vamos a ver qué es lo que tienes que esconder.*

CARL

— ¿Qué piensas de lo que te he contado? —preguntó Tony al hombre que estaba sentado frente a él.

— No lo sé —respondió Carl—. De verdad que no sé qué pensar.

Tony creía que Carl era un tipo listo y por eso le había hecho llamar. Además de inteligente, era un hombre bien parecido, de trato agradable y buenas formas. Tony valoraba mucho todas esas cualidades que, tenía que reconocer, no abundaban entre los hombres que tenía a sueldo. Claro que, para llevar a cabo el trabajo que sus chicos solían hacer, las buenas formas no eran en absoluto imprescindibles.

— ¿Cómo está Michael?

— Asustado y confuso, pero ileso.

Carl conocía la existencia de Michael pese a no haberle visto nunca en persona.

— Que esté ileso es lo que me cuesta comprender —reconoció Carl.

— El pistolero falló —mintió Tony.

— ¿Dos veces? —preguntó Carl mientras examinaba las dos balas que estaban encima del escritorio.

— Sí, dos veces.

— Antes me has dicho que creías que lo había hecho un profesional y es raro que un profesional falle dos veces— sentenció.

Tony estaba empezando a irritarse. Carl conocía muy bien a su jefe y captó el mensaje inmediatamente. A partir de ese momento, no preguntó nada más sobre los disparos fallidos.

— ¿Dónde está ahora? —Carl cambió de tema.

— Le mandé al *Marriot*.

Carl estuvo tentado a preguntar por qué no se había quedado en la casa, pero se abstuvo de hacerlo.

— ¿Crees que volverán a intentarlo?

— Creo que no, aunque no podemos estar seguros —reconoció Tony—. Por eso he mandado a Jeff y a Stephen al hotel, por si acaso.

— Jeff y Stephen son buenos chicos —comentó—. Cuidarán bien de él.

Con Tony siempre había que tener muy presente donde estaban los límites de lo que se podía decir o preguntar. Carl los conocía perfectamente, pero tenía muchas ganas de averiguar más cosas sobre Michael, así que se arriesgó.

— ¿Cómo es que Michael se pasó por aquí? No sé, siempre he pensado que ya no existía ningún tipo de contacto entre vosotros.

Cuando Carl vio la cara de su jefe, se arrepintió de haber preguntado nada.

“*Ya van dos hoy*”, recapacitó. “*Mejor que no haya una tercera.*”

— Quiero que investigues lo que pasó —expuso Tony—. Ya te he dicho antes que podría ser un profesional, un sicario. No hay tantos en esta ciudad y los conocemos a todos. Y si es de fuera, bueno, seguro que alguien habrá visto u oído algo.

Carl asintió.

— Por supuesto ocúpate de que mi hermano esté siempre vigilado. Es muy importante que no le pase nada.

— Muy bien, yo me ocupo. No te preocupes —dijo Carl mientras se levantaba de la silla, justo antes de abandonar el despacho.

MARGARET

Susan durmió unas cuantas horas. Fue un sueño intranquilo y se despertó varias veces, aunque, al menos, consiguió descansar un poco. Cuando se levantó estaba todavía enfadada con todo lo que había pasado y consigo misma.

“Ahora mismo, debería estar volando hacia una exótica playa tropical en vez de estar en esta mierda de hotel”, se lamentaba mientras consultaba su reloj.

Era casi mediodía, por lo que no tenía ni un minuto que perder. Abrió su maleta y buscó en un pequeño bolsillo interior. Dentro había cinco pasaportes de distintas nacionalidades. Los estuvo estudiando durante unos segundos hasta que escogió uno. Luego se vistió, bajó a la recepción del hotel y preguntó por una droguería o un supermercado que estuviera cerca. Le indicaron que había uno justo a tres manzanas, por lo que quince minutos después estaba de vuelta en su habitación. Sacó el tinte para el pelo de la bolsa y se metió en el baño. Una hora después Susan había desaparecido sin dejar rastro, dejando su sitio una chica rubia llamada Margaret. La nueva Margaret era una jefa de ventas de una pequeña empresa y, por ese motivo, tenía que viajar bastante. Por supuesto tenía el pasaporte en regla y un par de tarjetas de crédito a su nombre.

Margaret recogió el resto de sus cosas y las metió en la maleta. Cuando tuvo todo listo se echó un último vistazo en el espejo.

“Estoy mucho mejor de rubia”, sonrió. “Debería ponerme de rubia más a menudo.”

Cogió una gorra y se la puso ocultando por completo su pelo teñido. Antes de desaparecer definitivamente, Susan debía interpretar su último papel en la recepción del hotel.

Cerró la puerta de la habitación y bajó a la recepción. Pagó en efectivo y salió a la calle sin ningún contratiempo para, seguidamente, dirigirse a un centro comercial que había visto cuando había ido de camino al supermercado. Entró a un par de tiendas y compró ropa nueva, más acorde con el estilo de Margaret. También aprovechó para deshacerse de la ropa que había pertenecido a Susan. Después de tanto trajín, tenía hambre por lo que, antes de encaminarse a su nuevo hotel, comió en un restaurante dentro del centro comercial.

Uno rato antes, mientras esperaba a que el tinte hiciera efecto, había reservado un hotel desde su ordenador portátil a nombre de Margaret. Llegó al nuevo hotel a primera hora de la tarde, se registró en la recepción y subió a la habitación. Era el primer momento de tranquilidad que había tenido en todo el día. Había estado tan ocupada borrando todo rastro de Susan, que no había pensado en todo lo que tenía que hacer, si bien, no tenía gran cosa por la que empezar. Sabía muy poco tanto de su objetivo como de su cliente. Del primero únicamente tenía un nombre, Michael Smith, una dirección, una foto y la empresa para la que trabajaba. Del segundo sabía aún menos. El contacto se había hecho por internet, mediante un servidor que aseguraba el anonimato de ambas partes. Los pagos debían realizarse a través de un complejo sistema, que avalaba que el dinero acabaría ingresado en un banco de las Islas Caimán, una vez el trabajo estuviera terminado.

Margaret se centró en Mr. Smith. Si aquel tipo llevaba un chaleco anti-balas, y de eso estaba bastante segura, era porque sospechaba que alguien quería matarle. Entonces, si estaba al corriente del riesgo que corría, ¿por qué andaba tranquilamente, completamente absorto en sus pensamientos, por una zona poco concurrida, ofreciendo un blanco tan fácil?

No tenía sentido. Margaret empezó a barajar seriamente la posibilidad de que alguien estuviera tratando de jugársela.

Un falso encargo, un blanco fácil y ella sola picando el anzuelo. Una vez descubierta, no tenían más que seguirla, cogerla, interrogarla, matarla o hacer lo que quisieran con ella. No obstante, nadie trató de hacer nada y eso que estuvo sola en el apartamento unas cuantas horas, donde hubiera sido muy fácil atraparla. Margaret especuló con la posibilidad de que algo pudo salirles mal. Se le ocurrieron varias explicaciones, por ejemplo, un semáforo o una zona poco iluminada podían haberles hecho perder el rastro de su coche. O, tal vez, creyeron que haría el trabajo a pie y que escaparía por el metro en vez de hacerlo en coche. Había cientos de posibilidades. Sin embargo, ninguna de las teorías que barajó le ofrecía una explicación totalmente convincente. Su instinto le decía que había alguien detrás de aquello y, por norma general, Margaret solía hacer caso a su instinto.

Después de darle muchas vueltas a la cabeza, decidió que la mejor, probablemente la única, baza que tenía para descubrir algo era ese tal Michael Smith. Debía encontrarlo, bien para acabar definitivamente con él, o bien, para averiguar de qué iba todo aquello.

— En cualquier caso, estás jodido Mr. Smith —se dijo en voz alta.

MARY

Michael se despertó repentinamente. Al principio no reconoció donde estaba, ni de donde procedía aquel sonido, aunque enseguida recordó por qué no había pasado la noche en casa.

— *Buenos días, Mr. Smith, disculpe que le moleste. Tiene una llamada urgente* —dijo el recepcionista— *¿Quiere que se la pase?*

— Sí, por favor —respondió.

Algunos segundos después reconoció la voz de su hermano.

— *Hola Mickey, ¿cómo has pasado la noche?*

— Bien gracias. ¿Qué hora es?

— *Las siete y media pasadas. Escúchame un momento* —dijo Tony sin perder más tiempo—. *Creo que lo mejor es que no vayas hoy a la oficina. Llámales y diles que estás enfermo o que te duele algo. Sobre todo no salgas del hotel, eso es importante. Si necesitas algo llámame.*

— Tony, me estás asustando un poco ¿has descubierto algo que debería saber? —la voz de Michael sonaba preocupada.

— *No, todavía no sabemos nada. Por eso te pido que te quedes en el hotel. Seguramente no tengas más problemas, pero tenemos que estar seguros. Mientras tanto descansa, ayer fue un día duro.*

— Muy bien, ahora mismo llamo a la oficina.

— *Perfecto, me pondré en contacto contigo a lo largo del día.*

Michael colgó el teléfono y a continuación llamó a su oficina como su hermano le había pedido. Cuando terminó de hablar se recostó otra

vez en la cama y entonces, súbitamente, se acordó de Mary y de que no sabía nada de ella, ni ella de él, desde el día anterior.

“*Debe estar furiosa*” pensaba mientras buscaba el teléfono móvil en los bolsillos de su pantalón.

El teléfono de Michael estaba apagado. Recordó que lo había apagado cuando entró en el despacho de Tony y luego se le olvidó encenderlo. Cuando lo conectó, vio que tenía cuatro llamadas perdidas de Mary y tres mensajes de WhatsApp.

Cariño, ¿cómo estás? Te he estado llamando. Pruebo más tarde ☺

¿Sigues reunido? Me sale que tu teléfono está apagado. ¿Pasa algo?

También he llamado a casa y nada. Estoy preocupada. Llámame en cuanto leas esto.

El móvil de Michael tenía poca batería, así que cogió el teléfono de la habitación y marcó el teléfono de Mary, aunque colgó antes de que llegara a dar llamada. No era buena idea marcar desde un número desconocido porque, después de no haber dado señales de vida en toda la noche, Mary podría llegar a pensar que su novio tenía algún lío por ahí. Tampoco sabía que debía contarle y mentirla no era una buena idea. Mary había desarrollado un sexto sentido para pillarle cada vez que lo hacía. No, no podía llamarla todavía. Antes de hacerlo tenía que pensar en algo. Además, a esas horas, estaría en alguna reunión y no podría cogerle el teléfono.

Michael estaba hambriento así que llamo a la recepción y pidió el desayuno. Diez minutos después, entró un camarero en la habitación con una bandeja con café, croissants y zumo de naranja. Justo en el momento en el que el camarero abandonaba la habitación, empezó a

sonar su móvil. Miró el nombre que aparecía en la pequeña pantalla del teléfono y supo que no tenía más remedio que cogerlo.

— Hola cariño, ¿Qué tal todo? —contestó finalmente.

— *¿Qué tal todo? Eso es lo único que se te ocurre después de no saber de ti en toda la noche. Mira Michael, estoy muy enfadada. ¿Dónde coño has estado?*

Michael pensó que debía estar muy cabreada, Mary jamás decía tacos.

— *Me dijiste que me llamarías seguro* —continuó Mary—. *¿Dónde has pasado la noche? Porque también he estado llamando a casa y tampoco lo has cogido.*

— Déjame que te expli...—trató de decir Michael.

— *Por supuesto que quiero una explicación* —le interrumpió—. *Y espero que sea convincente.*

— He estado con mi hermano y...

— *¿Tu hermano?* —Mary le interrumpió de nuevo.

Michael supo por su tono de voz que eso era lo último que Mary esperaba oír. No era para menos, ni en un millón de años se hubiera imaginado que su pareja pudiera verse con su hermano. Unos segundos después, Michael pudo acabar lo que había empezado a decir.

— Tony me llamó ayer y me invitó a ir a su casa —mintió, esperando sonar convincente—. Hablamos mucho rato y se nos hizo tarde. Por eso me preguntó si quería quedarme a dormir allí y dije que sí.

Mary permaneció callada así que Michael continuó.

— Ya sabes que mi relación con él es difícil y, bueno, teníamos que hablar de algunas cosas —no quería complicar más la conversación—. Mira, es difícil explicarlo por teléfono, creo que lo mejor sería esperar a que vuelvas.

— *Cariño, no te preocupes* —dijo mucho más tranquila—. *No sabía que ibas a verle. Sé lo difícil que ha tenido que ser para ti y siento haberme puesto así. ¡Pero podrías haberme escrito por lo menos! Estaba muy preocupada.*

— Tienes toda la razón y lo siento mucho. Estaba...como en shock
—Michael pensó que al menos eso era totalmente cierto.

— *Por lo menos ya estoy más tranquila. Bueno ¿tenemos buenas noticias del trabajo?* —Mary preguntó, con su tono de voz habitual.

— No, me temo que todavía no. Tendremos que esperar un poco más.

— *Vale, ya me contarás. Oye, tengo que dejarte, la reunión se reanuda en dos minutos. Un besito gordo.*

— Un beso para ti también —se despidió.

Michael colgó el teléfono y se sintió como un miserable. Odiaba mentirla pero no había tenido más remedio. Estaba seguro que, de haberle contado la verdad, Mary hubiera cogido el primer vuelo y se hubiera presentado allí. Y eso no podía permitirlo, porque mientras existiera la posibilidad de que alguien pudiera hacerla daño, Mary estaba más segura lejos de la ciudad. Por ese motivo no le había dicho nada y, justo por eso, no le diría nada hasta que el embrollo en el que estaba metido se solucionase.

PISTAS

Había pasado más de un día desde que alguien había disparado a su hermano y Tony todavía no sabía quién había sido. Michael continuaba a buen recaudo en el hotel y no había salido de la habitación desde que llegó. Tony le había llamado un par de veces para decirle que aun tendría que esperar un poco más. La última vez que había hablado con él, le había notado más nervioso, muy irritable, y lo que era peor, harto de estar allí encerrado. Michael estaba discretamente vigilado por los hombres que había enviado al hotel y que tenían la orden de no dejarle salir bajo ningún concepto. Lo peor que podía pasar era que su hermano anduviera suelto por la ciudad.

Alguien llamó a la puerta de su despacho. Era Carl.

— Creo que tenemos algo jefe —dijo este, sonriendo.

— Dispara.

— Por lo visto hay una chica desconocida, una mujer joven que ha estado comprando armas últimamente. Además hay otras cosas interesantes —Carl se quedó en silencio esperando a que Tony dijera “¿*Qué cosas?*”, pero como no dijo nada, no le quedó más remedio que continuar—. La mujer compró la semana pasada una pistola 9 mm, como la que disparó a Michael, en la tienda de Chuck.

— Un 9 mm es un arma muy común —dijo Tony—. ¿Qué tiene eso de especial?

— Sí, eso es verdad —reconoció—. Lo curioso es que Chuck me contó que le intentó colar alguna de las mierdas esas que tiene en la

tienda y que la tía no se dejó engañar. Es más, acabó eligiendo la mejor de todas, por lo que Chuck piensa que era toda una experta.

— Ya veo —dijo Tony que empezaba a estar interesado en aquella mujer—. Continua.

— El caso es que Chuck ha vuelto a ver a esa mujer hoy mismo, hace un par de horas, en la tienda de Peter Mansfield. Por lo visto estaba comprando otra pistola de 9 mm. Lo más interesante de todo es que Chuck me contó que le costó bastante reconocerla. Primero porque se había teñido el pelo de rubio y después porque su forma de vestir era muy distinta.

— ¿Está seguro que es la misma mujer? —preguntó intrigado.

— Eso le pregunté yo y me aseguró que sí, que al principio le costó, pero que se fijó en aquel “*culito*” y no tuvo dudas de que era la misma chica.

Tony esbozó una pequeña sonrisa. Chuck siempre había sido un genuino viejo verde.

— Creo que merece la pena investigar un poco más —indicó Tony—. Puede ser una buena pista.

— Ok, jefe.

— Por cierto, ¿te contó Chuck qué cojones hacía en la tienda de Peter Mansfield?

Peter Mansfield era uno de los hombres de confianza de “*Big*” George Simpson, que era otro de los grandes capos de la ciudad.

— Ni idea —contestó Carl.

— Pues entonces llama a Chuck y le dices que venga a verme mañana sin falta para explicármelo.

STEPHANIE

Stephanie estaba muy decepcionada. Le dijeron que era el mejor y por eso le había contratado. Pero había pasado mucho más tiempo del que habían pactado y no había pasado nada, absolutamente nada. Además de decepcionada, también estaba furiosa. Había estado esperando aquel momento durante mucho tiempo. Había luchado, sufrido y llorado demasiado para que ahora le fallaran de aquella manera. Afortunadamente esa época terminó y había pasado una eternidad desde aquel primer cliente, cuando sólo tenía dieciséis años. Estaba agradecida de que hubieran quedado atrás aquellos años de sábanas sucias y hombres sudorosos a los que complacer. Sin embargo, la herida no estaba completamente cerrada. Para poder empezar con su nueva vida, la que realmente se merecía, debía acabar primero con el último eslabón de la cadena que le ataba a su pasado.

La vida de Stephanie nunca había sido fácil, ni tan siquiera antes de nacer. Su madre, Lucy, se quedó embarazada, durante una noche de locura, de un hombre del que ni tan siquiera supo su nombre. Aquellas breves horas marcaron para siempre sus vidas. El padre de Lucy era un hombre tan ultra—católico como orgulloso que, según se enteró, la echó de casa sin contemplaciones gritando a pleno pulmón que, desde aquel día, ya no tenía hija.

Lucy no tuvo más remedio que sobrevivir como pudo. Era una mujer inteligente, además de atractiva, por lo que salió con su hija adelante, aunque se vio obligada a vender su cuerpo y su alma para conseguirlo. Los primeros años fueron muy difíciles y tuvo que trabajar muy duro hasta que, finalmente, tuvo un golpe de suerte. Encontró a un poderoso y rico hombre de negocios que la convirtió en su favorita.

Lucy pudo dejar la calle y darle a su hija un bonito lugar donde vivir. Su protector les había conseguido una pequeña casa con un bonito jardín donde a Stephanie le encantaba salir a jugar. Las visitas de su protector eran muy frecuentes y nunca fueron un problema para ella, porque siempre la trató muy bien e incluso le traía algún regalo de vez en cuando. Stephanie mantenía un vívido recuerdo de unas navidades, cuando aquel hombre le regaló una bonita bicicleta de color rojo.

— Gracias, papá —le había contestado inconscientemente.

La chiquilla estaba tan absorta en su nuevo juguete que no advirtió ni el gesto serio de su benefactor, ni la mirada preocupada de su madre. Nunca lo había dicho en voz alta, pero en lo más profundo de su ser deseaba que aquel hombre, siempre tan atento con ella, pudiera, algún día, convertirse en su padre. Cuando su madre y ella se quedaron solas aquella tarde, Lucy se plantó enfrente de su hija y le propinó una sonora bofetada. A continuación se agachó y cogiendo a Stephanie por los brazos le gritó:

— ¡Nunca, nunca más le llames papá! ¿Entiendes lo que te digo? —la niña asintió asustada—. ¡No es tu padre y nunca lo será, tienes que tener eso siempre presente!

Stephanie empezó a llorar desconsoladamente. Lucy soltó los brazos de su hija, la abrazó con todas sus fuerzas y comenzó a llorar también. Las dos permanecieron abrazadas durante un buen rato hasta que Lucy dijo:

— No llores más mi amor, vamos, ¿te apetece una taza de chocolate?

La niña asintió y se fueron las dos de la mano a la cocina.

Aquella fue la primera y la última vez que Lucy pegó a su hija. Algunos años después Stephanie comprendió porqué su madre había

reaccionado así aquel día. Simplemente había tratado de protegerla y le estaba muy agradecida por haberlo hecho. Los años pasaron y Stephanie acabó el colegio y entró en el instituto. Aquella época fue la única en la que recordaba ser completamente feliz.

Las visitas de su protector se fueron espaciando, aunque nunca pasaba más de una semana entre una visita y la siguiente. Un día, cuando acababa de cumplir dieciséis años y sin motivo aparente, aquel señor, tan elegante y educado, dejó de visitarlas. Lucy estaba visiblemente preocupada, muy desmejorada, y no quiso contarle a su hija que era lo que había sucedido, por más que esta insistía en preguntarle.

Una tarde, a los dos meses de la última visita de su protector, Stephanie volvía del instituto cuando se encontró que dos policías estaban esperándola en la puerta de su casa.

Los policías se identificaron y, con gesto serio, le informaron que su madre había sido atropellada por un coche que se había dado a la fuga.

— No hemos podido hacer nada. Cuando llegó la ambulancia ya era demasiado tarde —dijo el más mayor de los agentes—. Lo sentimos mucho.

Tras los primeros segundos de estupor y negación, la joven observó las caras graves de los policías y entendió que todo era cierto. Su madre había muerto y su mundo entero se había derrumbado con ella. Inmediatamente, la muchacha cayó de rodillas delante de los policías y lloró desconsolada.

LA ESPERA

Michael llevaba dos días encerrado en la habitación del hotel. Su hermano le había llamado un rato antes y le había dicho que tenían una pista, que todavía era pronto para echar las campanas al vuelo y que debía permanecer en el hotel. Poco después, telefoneó a la oficina para decir que seguía enfermo y, por lo que parecía, que seguiría enfermo algún día más.

Estaba aburrido de no hacer nada más que esperar y ver la tele. Y lo peor de todo, había hablado unos minutos con Mary y la había tenido que mentir otra vez.

“Al menos”, se consoló, “*ha sido muy agradable volver a oír su voz.*”

Aún quedaban tres días para que Mary volviera de su viaje, lo que le hizo preguntarse si para entonces ya estaría todo resuelto. Era media tarde cuando sonó el teléfono de su habitación.

— *Hola Mickey. Soy yo.*

— *Hola Tony, cuéntame algo bueno por favor. Estoy empezando a volverme loco.*

— *Está bien, tenemos una pista que creemos es la buena. Supongo que en unas horas podríamos haber acabado el negocio.*

— *¿A qué te refieres con lo de acabar el negocio?* —preguntó Michael.

— *Creo que es mejor que no sepas más detalles. Lo único que te pido es que tengas paciencia* —por el tono de su voz, Michael supo que no le iba a contar ningún detalle más.

— Está bien, me quedaré aquí esperando.

— *Buen chico* —dijo Tony antes de colgar.

Ese último comentario no le gustó nada a Michael. En ocasiones, Tony podía ser demasiado altivo y condescendiente. No obstante, su hermano le estaba ayudando sin reservas y, a pesar del mal rato que le hizo pasar cuando se vieron en su casa, no le había vuelto a reprochar nada. Michael reflexionó sobre la posibilidad que de que algo cambiara entre ellos, cuando todo se aclarase.

“*Probablemente no*”, reflexionó. “*Yo volveré a mi vida normal y él a la suya.*”

Esa perspectiva le entristeció.

“*¿Estaré echándoles de menos más de lo que imagino?*” se preguntó.

No solía beber alcohol, pero decidió hacer una excepción. Al fin y al cabo no tenía muchas más cosas que hacer. El mueble-bar de la habitación estaba bien surtido. Eligió un buen whiskey y se lo sirvió en un pesado vaso de cristal con dos cubitos de hielo. Su habitación era bastante amplia, tenía el baño junto el dormitorio y una pequeña salita amueblada con el propio mueble-bar, una mesa de centro y dos pequeñas butacas. Terminó de prepararse la copa y se sentó en una de las butacas. Bebió un buen trago del whiskey y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

Estaba empezando a quedarse dormido cuando alguien empezó a llamar a la puerta. Abrió los ojos extrañado. No esperaba a nadie y tampoco había llamado al servicio de habitaciones. Volvió a oír que alguien llamaba insistentemente. Dejó el vaso en la mesita y se levantó de la butaca. Aquel día no se había molestado en vestirse e iba en calzoncillos, por lo que antes de abrir la puerta, pasó por el cuarto de baño y se puso un albornoz por encima.

— Ya va, ya va —contestó.

Cuando abrió la puerta, ni tan siquiera le dio tiempo a abrir la boca, porque justo en ese momento Michael recibió un tremendo puñetazo en la cara que le hizo perder el equilibrio.

— Ya te tenemos cabrón —dijo malhumorado Johnny “*Seventies*”.

LA CAZA

— Buen chico —dijo Tony colgando el teléfono después de hablar con Michael.

Tony estaba con Carl en su despacho.

— ¿Estás seguro que la encontraremos en esta dirección? —preguntó señalando un trozo de papel con algo escrito.

— Seguro, jefe. Uno de los chicos de Chuck la siguió hasta allí.

— Bien, entonces lo mejor será que le hagamos una visita —Tony se levantó de la butaca y se dirigió a la puerta—. Quiero a tres hombres con nosotros, tres de los buenos.

— ¿Tres hombres además de nosotros por una sola mujer? —Carl estaba sorprendido, le parecían demasiadas precauciones.

— Una sola mujer que sabe mucho de 9 mm —argumentó—. No estoy dispuesto a correr riesgos. Tengo la sensación de que nos podemos llevar una sorpresa.

El último comentario de Tony sonó como un reproche. Carl supuso que toda aquella precaución tenía mucho que ver con la muerte de Marcus. Después del asesinato de su padre, su jefe se mostraba extremadamente cauto, en ocasiones en exceso. Carl no pensaba contradecirle, así que le siguió la corriente.

— ¿Ha estado Chuck por aquí, verdad? —preguntó, cambiando de tema.

— Sí —fue la respuesta, sin entrar en más detalles.

Nadie sabía qué le había dicho Tony a Chuck. Sólo se comentaba que este salió del despacho pálido como un muerto. Carl pensaba que Chuck siempre había sido un buen tipo. Era cierto que su tienda era una cochambre y que su mercancía no era la mejor, pero siempre había sido de fiar. Por otro lado, los chicos que siempre rondaban por su tienda habían demostrado ser realmente útiles. De hecho, habían encontrado a la chica porque uno de ellos la reconoció por la calle y la siguió hasta el edificio donde presumiblemente vivía.

Salieron de la mansión y montaron en un coche que estaba esperándoles. El chófer encendió el motor y el vehículo empezó a moverse. Detrás de ellos, les seguía un segundo coche con los tres hombres que habían solicitado. Tony permanecía callado, observando a través de la ventanilla con la mirada perdida. A Carl le hubiera gustado saber que estaba pensando su jefe en ese momento, aunque se abstuvo de preguntarle nada.

No tardaron mucho en llegar a destino. Se trataba de un viejo edificio de apartamentos que, sin duda, había conocido tiempos mejores. Era una enorme construcción rectangular, con decenas de pequeñas ventanas en las que se distinguían algunos cristales rotos. La pintura de la fachada estaba descolorida y había pequeños fragmentos de teja rojiza esparcidos por la acera.

Tony y Carl se bajaron del coche y dos de los hombres que les seguían hicieron lo mismo. Entonces, el teléfono de Tony empezó a sonar.

— Dime Jeff —dijo, llevándose el teléfono a la oreja.

Pocos segundos después, Carl vio como la cara de Tony se congestionaba mientras escuchaba lo que Jeff le estaba diciendo.

“¿Qué coño habrá pasado?” se preguntó.

EL VASO DE WHISKEY

Michael se apretaba la nariz con un pañuelo mientras se preguntaba si el tipo que tenía delante era real o si le habían pegado demasiado fuerte.

Era un hombre de unos cuarenta años, bajito y algo contrahecho, que observaba a Michael con cara de pocos amigos. Sin embargo, por lo que aquella persona nunca pasaría desapercibida, lo realmente llamativo, era que parecía que se había escapado de la película “*Fiebre del sábado noche*”.

Vestía unos enormes pantalones azules de campana y una camisa amarilla con chorreras que llevaba desabotonada hasta la mitad del pecho, dejando ver una enorme cadena dorada. También llevaba unas botas rojas, con algo de plataforma y tacón, junto con una cazadora blanca, con flecos y tachuelas, y con los codos un poco raídos.

Michael apartó el pañuelo de su cara y comprobó que su nariz ya no sangraba. Miró detenidamente a su alrededor y observó que, aparte de aquel impactante hombrecillo, había otros dos tipos más en la habitación que tenían el inconfundible aspecto patibulario de los matones a sueldo. Uno de ellos se había colocado cubriendo el pequeño pasillo que llevaba a la puerta de la habitación, el otro, se había dispuesto entre la butaca donde estaba sentado Michael y la ventana. Se encontraba totalmente atrapado.

A pesar de las pintas que tenía, Michael dedujo que el hombre que tenía enfrente era el que mandaba en el grupo.

— ¿A qué viene esto? ¿Quiénes sois vosotros? —se atrevió a preguntar.

El manotazo fue tan rápido que Michael ni tan siquiera lo vio venir. Tan sólo sintió como si un centenar de agujas se le clavaran en el entrecejo.

— Aquí las preguntas las hago yo —gruñó Johnny “*Seventies*”.

No hubo más preguntas. Había algo en aquel tipo que hacía pensar que era mejor no contradecirle.

— ¿Entiendes lo que te digo?

Michael asintió mientras se ponía el pañuelo otra vez en la nariz que le volvía a sangrar.

— Eso está mejor —dijo alejándose un poco—. ¿Me podrías decir por qué no has ido a trabajar estos días?

Michael dudó antes de contestar.

— Estoy enfermo.

— Sí, ya veo lo mal que estás —dijo Johnny con algo de sorna.

A pesar de estar prevenido, Michael no pudo evitar el golpe que le propinó el gánster con la mano abierta.

— Esto funciona así. Si me mientes, te doy una hostia. Si tratas de vacilarme, te doy una hostia. No pienses que me canso fácilmente de dar hostias. ¡Me encanta dar hostias! Así que será mejor que no me provoques, ¿entendido?

Esta vez Michael dijo que sí a la primera.

— ¿Para quién trabajas?

— Para *Oil Corp* —contestó.

El gánster esbozó una mueca de fastidio.

— Eso ya lo sé capullo, lo que quiero que me cuentes es para quién trabajas realmente.

— Sólo trabajo para *Oil Corp* —Michael no sabía dónde quería llegar aquel tipo.

— Te estás ganando otra hostia colega. ¿A quién le estás pasando información?

— Yo no paso información a nadie —Michael parecía atónito.

— Mira, te voy a dar una sola oportunidad más antes de...

— ¡No os basta con haberme disparado! ¿Me vais a torturar también? —explotó súbitamente, harto de amenazas.

Johnny observó detenidamente a su prisionero. Ahora sí que parecía realmente interesado.

— ¿A qué viene eso de que te hemos disparado? ¿Cuándo te hemos disparado?

Para sorpresa de Michael, la curiosidad de Johnny parecía sincera. Entonces, si no habían sido ellos, ¿quién había sido? No sabía que pensar ni que decir y si no podía decir nada, tenía la seguridad de que le iban a hacer pasar un rato pero que muy malo.

Rápidamente evaluó las opciones que tenía. Enfrentarse a aquellos tipos era una completa locura. Jamás podría con tres matones que, a todas luces, estaban muchísimo más curtidos que él. Escapar también era complicado, sobre todo, porque el esbirro más grande se encontraba justo entre la puerta y él.

— ¡Vaya! Se te ha comido la lengua el gato —exclamó Johnny.

Claro que si se quitara de en medio al sicario, nada le impediría llegar al pasillo y escapar o, al menos, intentarlo.

— Mira gilipollas, no estoy dispuesto a perder más tiempo contigo —empezó a decir Johnny—. Sabemos que no has ido a trabajar,...

Michael detuvo su mirada en el vaso de whisky que descansaba sobre la mesa. Estaba demasiado lejos. Para alcanzarlo tendría que levantarse y seguro que no le permitirían hacerlo. Claro que, ¿y si no necesitara levantarse?

— ...que no has pasado por tu casa por lo menos en un par de días...

Se concentró en el vaso. Únicamente en el vaso.

“Vamos, puedes hacerlo, concéntrate, puedes hacerlo.”

— ...así que nos vas a tener que dar una explicación antes de que...

“Por favor, por favor, por favor”

— ...te meta un tiro en esa cabeza...

Johnny no pudo acabar la frase. En ese preciso instante, el gánster observó boquiabierto cómo el vaso que estaba encima de la mesa, salía disparado con una velocidad enorme, impactando violetamente en la

cara del hombre que estaba vigilando la puerta en una explosión de whiskey, sangre y pedazos de cristal.

Michael no perdió ni un segundo y se lanzó hacia la puerta de la habitación, saltando por encima del hombre que yacía en el suelo inconsciente. Johnny estaba demasiado perplejo para reaccionar inmediatamente, cómo tampoco fue capaz el otro matón.

Michael alcanzó la puerta y la abrió para continuar corriendo por el pasillo hacia los ascensores. Ya en el pasillo escuchó como Johnny finalmente reaccionaba y gritaba dando órdenes.

“Corre, si llegas al ascensor tendrás una oportunidad. ¡Corre!”

El pasillo giraba a la izquierda y Michael pudo ver las puertas de los ascensores al fondo. Continuó corriendo hasta que las puertas del ascensor se abrieron. De él emergieron dos hombres vestidos de negro que desfundaron sus pistolas inmediatamente al ver lo que tenían delante. Michael se tiró instintivamente al suelo cubriéndose la cabeza con las manos.

“Esta vez no hay salida” pensó, mientras todo su cuerpo se ponía en tensión. *“Esto se acabó.”*

EL APARTAMENTO

— *Jefe, le decía que Johnny “Seventies” ha entrado en el hotel hace un par de minutos —la voz de Jeff estaba cargada de aprensión—. Le hemos llamado porque creemos que debía saberlo, aunque podría ser sólo una coincidencia.*

Tony Bocca no creía en las coincidencias.

— ¿Por qué no habéis parado a Johnny “Seventies” para ver que cojones hace allí? —Tony estaba furioso.

— *Es que no iba solo. Le acompañaban un par de policías y otro tipo. Por eso dudamos y le hemos llamado.*

— ¿Quiénes son los policías? —preguntó.

— *Uno es Tony “el toro”. El otro es Sam Parker.*

Tony entendió las dudas de Jeff. Tony “el toro” Carter y Sam Parker era dos de los policía más corruptos y brutales que la ciudad hubiera conocido. Él mismo había contratado sus servicios en un par de ocasiones y los resultados nunca fueron buenos. Muchos huesos rotos y demasiado ruido inútil en la prensa.

“¿Qué harán esos dos con Johnny?” se preguntó Carl.

— ¿Entonces no sabéis si han ido donde Michael? —respiró hondo esperando la respuesta.

— *Ni idea jefe.*

Tony sabía que eran buenos chicos, no obstante, los habría matado con sus propias manos si hubieran estado delante de él.

— Escúchame detenidamente. Entrad los dos cagando hostias en ese jodido hotel y sacad a mi hermano de allí —Tony hablaba con una evidente furia contenida.

— *¿Y si Johnny está con él?*

— Me da igual que esté con Johnny “*Seventies*”, solo o con el Papa. Le sacáis de allí y punto.

— *Si jefe, entendido. Sacarlo de allí.*

— Y no me importan ni esos dos policías ni lo que tengáis que hacer —continuó—. Os lo advierto. Quiero a mi hermano de una pieza. No me obliguéis a mandar a alguien a que os lo recuerde.

Colgó el teléfono sin esperar a la respuesta de Jeff. Carl y los otros le observaban fijamente, con la respiración contenida. Tony podía ser temible cuando estaba enfadado.

— Adentro —dijo secamente, señalando la puerta principal del edificio de apartamentos.

Carl permaneció mudo mientras entraban en el edificio. Por supuesto conocía a Johnny “*Seventies*” y no envidiaba a Michael en absoluto. Si era cierto que tenía un problema con él, podía darse por jodido.

Johnny podía parecer un tío cómico, un completo friki, y mucha gente había cometido ese error antes. Alrededor de él se acumulaban muchas anécdotas, pero una de las más famosas acabó con un turista noruego con la cara desecha entre moratones, sangre y dientes rotos. Se contaba que una vez estaba fumándose un cigarro en la puerta de un bar en la zona del centro de la ciudad. Entonces, apareció el noruego y, con toda su buena intención, le hecho un par de monedas al suelo pensando que era un mimo o algún tipo de artista callejero. A Johnny le sentó aquello muy mal, tan mal, que le pegó tal paliza al turista que ni toda la influencia que “*Big*” George Simpson tenía, y era mucha, fue suficiente para evitar que pasara unos cuantos meses en el trullo. No, no era ningún secreto que Johnny trabajaba para “*Big*” George y eso suponía un serio problema para Carl.

“*¿Qué demonios tiene que ver Michael con el “Fatty”?*”, se preguntó.

El apartamento de la mujer estaba en la segunda planta. No había ascensor por lo que tuvieron que subir andando por las escaleras. Cuando llegaron al pasillo donde se encontraba la puerta del nº 26, Tony distribuyó a sus hombres con un simple gesto. A continuación, movió ligeramente la cabeza y Carl llamó a la puerta. Siempre era Carl quien llamaba a la puerta. Era mucho más fácil que le abrieran a él, con ese aspecto de “*boy scout*” que tenía, antes que a alguno de los otros dos que les acompañaban y que llevaban la palabra *sicario* escrita en la frente. Aun así, si nadie abría, siempre podían ser útiles para echar la puerta abajo.

Llamó tres veces sin respuesta. Después de intentarlo por última vez, se giró hacia Tony encogiéndose de hombros.

— Abridla —indicó Tony a sus chicos.

Carl se apartó un poco para dejar sitio. Uno de los guardaespaldas que estaban con ellos cogió impulso y, con todas sus fuerzas, le dio una tremenda patada a la puerta.

En aquel preciso instante fue cuando Tony escuchó un “*click*”.

— ¡Todos al suelo...! —trató de decir cuando sintió un gran calor en su cara, mientras una formidable fuerza le impulsaba a lo largo del pasillo.

Tony cayó al suelo, sintiendo un punzante dolor en su espalda. Inmediatamente, trató de incorporarse, pero no pudo; el dolor que le recorría desde el cuello hasta la cintura era demasiado fuerte. Lo intentó una y otra vez hasta que, finalmente, consiguió ponerse de rodillas.

Apenas podía oír, un potente pitido en ambos oídos se lo impedía. Tampoco veía con claridad, había mucho humo y polvo flotando en el aire. Creyó distinguir dos cuerpos humeantes en el suelo y un tercero cubierto de cascotes.

— ¿Alguien me escucha? —consiguió articular—. ¡Carl! ¿me oyes?

Tony apoyó uno de sus pies en el suelo y trató de incorporarse, si bien, el esfuerzo y el dolor fueron tan intensos, que se desplomó inconsciente en el suelo del pasillo.

MIEDOS

Margaret estaba cada vez más preocupada y no le gustaba nada ese sentimiento tan frustrante. Ella siempre había sabido manejar situaciones complicadas, pero lo que estaba viviendo, estaba empezando a superarla.

Prácticamente convencida de que le habían tendido una trampa, estaba realmente furiosa, no porque alguien quisiera engañarla, sino porque esa persona, había pensado que simplemente podía hacerlo. La frustración había vuelto a aflorar los miedos que, durante tanto tiempo, había intentado mantener bajo control. No podía soportar la idea de que alguien la tomara por una niñata inexperta. Una novata. Margaret era incapaz de reconocer cómo aquella necesidad de reivindicarse continuamente, y de ser reconocida por ello, le obsesionaba. Más que nunca, algo dentro de ella le decía que era el momento de escapar, olvidarse de aquel trabajo y abandonar, de una vez por todas, esa maldita ciudad.

Sin embargo, aunque era lo más lógico y racional, sabía que no podría hacerlo porque significaría que habían podido con ella y la derrota era una opción intolerable. No huiría, no hasta que la persona que se había atrevido a jugársela, si se confirmaba que existía, pagara por ello.

Margaret necesitaba un arma nueva ya que se había deshecho de la que tenía, a los pocos minutos de haber disparado con ella a Michael. Descartó volver al lugar donde había comprado la primera pistola. Primero podía levantar sospechas y, segundo, no quería volver a tratar con aquel tipejo que había intentado colocarle toda la morralla que vendía en su cuchitril, mientras le miraba el culo sin ningún disimulo. Por suerte para ella, en aquella ciudad no era difícil hacerse con una pistola sin la necesidad de contestar preguntas incómodas. Margaret entró en la tienda que uno de sus contactos le había recomendado. El establecimiento tenía mejor pinta que el de la última vez. Además, la mercancía también era de mucha mejor calidad y tampoco hacían preguntas.

“¿Por qué me recomendaron la otra tienda primero?” se preguntó.

Esta vez pudo escoger y se decidió por un arma ligera, compacta y fácil de esconder. Cuando estaba a punto de pagar, sonó la pequeña campana que avisaba que alguien entraba en la tienda. La mujer se giró e inmediatamente se arrepintió de haber ido hasta allí. Según le vio reconoció al viejo verde que le había vendido la primera pistola.

“¿Qué coño hace este aquí? ¿Me estará siguiendo?”

Margaret trató de actuar de la forma más natural posible. Su aspecto había cambiado mucho desde la única vez que se habían visto y, probablemente, no sería capaz de reconocerla. Chuck observó a la mujer, que en aquel momento pagaba en la caja, con abierta curiosidad. A continuación, se dirigió hacia la puerta y, cuando pasó junto al hombre, percibió un ligero gesto de sorpresa en su rostro.

“Mierda”, estaba segura que la había reconocido.

Volvió al hotel asegurándose de que nadie la seguía. Cuando llegó a su habitación, sacó un teléfono móvil de su bolso y marcó un número que llevaba apuntado en un pequeño papel. Una hora y media después le devolvieron la llamada. Margaret escuchó en silencio lo que su contacto tenía que decirle. Aquella llamada le confirmó lo que había estado sospechando. Alguien, un pez gordo, estaba buscando a una mujer de unos treinta años, rubia y armada con una pistola. No eran buenas noticias pero pensó, que al menos, eran noticias. Se tumbó en la cama y

pensó cual debía ser su siguiente paso. Después de reflexionar durante unos minutos, cogió de nuevo el teléfono e hizo una última llamada.

— La presa pasa a ser el cazador —dijo cuándo colgó el teléfono.

Al día siguiente se levantó pronto y pidió que le subieran el desayuno a la habitación. Un rato después salió del hotel y se dirigió a una parada de taxis cercana. Se montó en el primer taxi de la fila y le dio la dirección al taxista. Dos horas después, Margaret caminaba tranquilamente por el barrio donde se encontraba el garito del viejo Chuck. Se acercó a un oscuro y sucio callejón, donde un vagabundo dormía la mona dentro de una enorme caja de cartón. Margaret le ofreció un poco de vino barato que había comprado en un destartado supermercado. Todo en aquel barrio, Chuck incluido, parecía viejo y cochambroso. El vagabundo aceptó el vino sin más y empezó a beber bajo la atenta mirada de Margaret.

— ¿Quieres ganar un poco de pasta? —preguntó la joven.

El vagabundo se encogió de hombros.

Lo que tienes que hacer es muy fácil. Hazlo y te llevarás unos cuantos billetes para comprar lo que quieras —se inclinó un poco hacia el hombre, endureciendo su gesto—. Eso sí, cuéntale a alguien que te he pedido que lo hagas y te despedirás de tus huevos.

El vagabundo no se inmutó lo más mínimo y permaneció callado, bebiendo, como si estuviese completamente solo. Margaret pensó que no merecía la pena perder más tiempo con aquel individuo, estaba demasiado pasado de rosca para serle útil.

— Está bien, ¿qué tengo que hacer? —dijo el vagabundo justo cuando la mujer se giraba para salir del maloliente callejón.

Margaret había observado que siempre había unos cuantos chicos en la puerta del local del traficante de armas. Charlaban, fumaban y bebían cerveza mientras pasaban las horas muertas, esperando la oportunidad de conseguir algo de dinero fácil. Casi todos los días el viejo Chuck les solía dar algo que hacer; una entrega a domicilio, recoger mercancía en el puerto o descargar algún camión. Eran trabajos

de poca monta y poca paga, aunque la verdadera razón por la que todos aquellos chicos estaban allí era que, de vez en cuando, pasaba un tipo para reclutar gente para trabajar para Mr. Bocca, el jefe de Chuck, y ese sí que era un buen pelotazo.

Aquel día había cinco jóvenes esperando tener algo que hacer, o mejor aún, que llegara alguien para sacarles del barrio de una vez por todas, cuando vieron acercarse al vagabundo. El pobre hombre caminaba despacio por la acera y sujetaba en la mano el cartón de vino que le habían dado. Llegó a la altura de la tienda de Chuck y se sentó en el suelo dando un sonoro resoplido. Inmediatamente, los chicos empezaron a reírse de él y a tomarle el pelo pero el vagabundo actuó como si no fuera con él, ignorando por completo sus chanzas.

En ese momento, Margaret dobló la esquina y empezó a caminar por la acera de enfrente. Cuando pasó a la altura de la tienda de Chuck, el vagabundo la señaló con el cartón de vino y dijo:

— ¡Anda! Por allí va la guarra esa que está buscando Chuck.

El vagabundo le dio un trago al cartón de vino, cerró los ojos y no dijo nada más. Margaret continuó caminado y comprobó que, tal y como había previsto, uno de los chavales la estaba siguiendo. La mujer sonrió sutilmente, habían picado el anzuelo a la primera. No se podía decir que el chico fuera muy discreto, o experto. Margaret tuvo incluso que reducir la marcha un par de veces, para evitar que su perseguidor la perdiera.

“Jodido aficionado”, se dijo a sí misma.

Pocos minutos después, llegaron al edificio donde Margaret había alquilado el apartamento que había dejado días atrás. Como había pagado dos semanas por adelantado, pudo volver a disponer de él sin problemas. Sin embargo, si todo salía bien, no lo necesitaría más de un par de horas. Entró en el edificio, subió por las escaleras y abrió la puerta del apartamento usando la llave que previamente había recuperado del buzón. Todo estaba como lo había dejado la noche del incidente, a excepción de una maleta negra que ella misma había llevado allí una hora antes. Miró por la ventana y reconoció a su perseguidor que estaba justo enfrente repantingado en un banco.

“Solo falta que empiece a rascarse lo huevos” pensó, justo en el momento en que el chaval empezó a hacerlo.

Margaret fue al baño y sacó un sujetador y unas bragas del bolso. Abrió el grifo y puso la ropa interior bajo el chorro de agua. Cuando estuvieron completamente empapadas, las escurrió un poco y volvió al salón. Abrió la ventana y se asomó asegurándose de que el joven la podía ver perfectamente desde donde estaba sentado. Luego, procurando aparentar toda la normalidad posible, tendió el sujetador y las bragas en un pequeño tendedero que colgaba de la fachada del edificio. Cuando acabó, se escondió detrás de las cortinas y observó cómo el muchacho se levantaba del banco. El chico estuvo un rato contando las ventanas y, cuando se dio por satisfecho, se marchó por donde había venido con paso apresurado.

Margaret pensó que había sido muy fácil, quizás demasiado. Seguidamente recuperó la ropa interior del tendedero y la metió en una bolsa de plástico, con la idea de deshacerse de ella más tarde. A continuación, abrió la bolsa de lona negra que estaba en el suelo. Había tenido que apretar a sus contactos y gastarse un buen dinero, pero dentro había todo un arsenal con lo mejor que se podía conseguir en tan sólo veinticuatro horas. Sacó el contenido de la maleta y lo dispuso metódicamente en el suelo.

Veinticinco minutos después, Margaret salió del edificio por la puerta trasera cargando con la bolsa negra. Buscó un cubo de basura y se deshizo de la bolsa de plástico que contenía la ropa interior. Antes de dirigirse a una estación de metro cercana, le echó un último vistazo al edificio y pensó:

“Esta vez, si alguien intenta forzar esa puerta, seguro que va a salir en todos los jodidos noticieros del país.”

UNA VIDA DURA

Stephanie se había encontrado con muchos hombres malvados a lo largo de su vida pero, sin duda alguna, el peor de todos había sido Jack. A pesar de que habían pasado varios años, todavía no podía recordar su cara sin que un escalofrío recorriese su espalda.

No volvió a ver nunca más al que había sido su protector durante tantos años, ni siquiera, en el funeral de su madre. En cambio, aquel aciago día, fue el día que conoció a Jack. Cuando acabó el responso, Jack se acercó a la muchacha y le dijo que sería el encargado de cuidar de ella. Stephanie desconfió desde el primer momento de aquel hombre sucio y desaliñado, sin embargo, sólo tenía dieciséis años y no contaba con nadie más en el mundo, por lo que le siguió sin oposición.

De camino al coche, Jack le contó que había sido el amigo de su madre quien le había pedido hacerse cargo de ella. Inmediatamente, al oírlo, la joven se sintió más tranquila, aunque la desconfianza apareció de nuevo cuando, ya en el coche, le preguntó:

— ¿Sigues siendo virgen?

Stephanie asintió tímidamente. Nunca nadie le había hecho una pregunta tan directa e indiscreta como aquella.

— Eso está bien —fue todo lo que dijo.

Llegaron a un viejo Motel situado en las afueras de la ciudad donde Jack tenía alquiladas un par de habitaciones. Era un sitio inmundo que estaba prácticamente en ruinas. El hombre saludó con un gesto a una

vieja desdentada, que estaba sentada en una silla de plástico junto a la entrada principal.

— ¿Es la nueva? —preguntó la vieja.

Jack no se molestó en contestar y cogiendo a la chica por el brazo tiró de ella hacia la escalera.

Cuando entraron en la habitación Stephanie notó como se le formaba un nudo en el estómago. El sitio apestaba y estaba tan sucio que no se podía ni adivinar cuál había sido el color original de la moqueta. Jack cerró la puerta detrás de él y sin mediar palabra golpeó la cara de Stephanie con la mano abierta. La adolescente cayó al suelo y empezó a llorar de dolor.

Jack conocía perfectamente el valor de la virginidad de una chica como Stephanie y no estaba dispuesto a malgastarlo. En cambio, había muchas posibilidades de pasar un buen rato con ella sin necesidad de estropearla. La levantó del suelo y la lanzó boca abajo encima de la cama. Con una mano sujetó la cabeza de la joven, hundiendo su cara entre las sábanas, mientras que con la otra le bajaba la falda y las bragas. Después, se colocó detrás de ella y Stephanie sintió un profundo dolor que la hizo gritar. Tras unos interminables minutos, Jack acabó y se fue satisfecho de la habitación, dejando a Stephanie llorando en la cama boca abajo.

No tardó mucho tiempo en encontrar a alguien dispuesto a pagar un buen precio por la virginidad de su nueva pupila. Había pasado tan sólo una semana y Jack la había visitado todos los días, doblegando toda resistencia que ella pudo presentar. Aquella tarde, Stephanie esperaba en ropa interior sentada en la cama. Un rato antes, Jack le había ordenado que adecentase un poco la habitación. También le había llevado la lencería barata que llevaba puesta y le había dado instrucciones de cómo debía actuar con el cliente.

— Como la jodas, te mato —le había dicho amenazante.

La puerta se abrió y el proxeneta entró en el cuarto acompañado de otra persona. Su primer cliente era un hombre alto, de unos cincuenta años y cierto porte aristocrático. Era la antítesis de Jack en todos los

sentidos. Sin embargo, como no tardó en descubrir, demostró ser tan sádico con ella como lo había sido él.

— Una monada y virgen como el día que su madre la parió —dijo, señalando a la chica.

El hombre asintió y se acercó a la cama donde le esperaba Stephanie. Jack aprovechó para salir de la habitación y dejarles solos.

Aquel fue el primer hombre de una larga serie. Jack la explotaba día y noche, aunque también se reservaba algunos ratos para él. A pesar que hacía mucho que había dejado de ser virgen, siempre la tomaba por detrás. Le excitaba increíblemente oír la gritar y, cuando no lo hacía, la golpeaba brutalmente hasta conseguir que lo hiciera. Gracias a Stephanie, las cosas le empezaron a ir bien. Jamás había ganado tanto dinero y decidió que era el momento de dejar el mugriento hostel. Se instalaron en un pequeño apartamento en una zona más céntrica de la ciudad. El cambio no supuso ninguna mejora para la joven, que además, tenía más clientes que nunca. Una noche, cuando acabó con el último cliente, la muchacha se armó de valor y le pidió algún tipo de recompensa por su trabajo. Jack se puso tan furioso y la golpeó con tanta fuerza, que Stephanie pasó más de un mes sin poder recibir a ningún cliente. Desde aquel día no volvió a pedirle nada más.

El tiempo pasó y Stephanie se convirtió en una autómatas. Hacía mucho que había dejado de sentir asco y repulsión cuando estaba con un hombre. Para ella era algo tan natural, que ya no tenía ningún reparo. Estar con Jack también pasó a ser algo mecánico y rutinario. Incluso había aprendido a chillar fingiendo dolor de forma convincente y así evitar que la golpeará. Stephanie acababa de cumplir veinte años.

Un día, Stephanie estaba en la habitación con un cliente; un hombre extremadamente gordo, y completamente borracho, que se quedó dormido según se tumbó en la cama. La chica suspiró aliviada, por lo menos no tendría que ponerse debajo de aquella enorme masa de carne. Entonces vio cómo las llaves del coche del hombre asomaban por el bolsillo de su chaqueta. Al verlas, pensó en lo fácil que sería coger aquellas llaves, salir a calle y huir en el coche. Sabía que Jack estaba en casa, porque podía oír la televisión desde la habitación, aunque,

seguramente, estaría borracho, dormido o ambas cosas y no sería un problema.

Meneó la cabeza de un lado a otro como si quisiera que la idea saliera de su mente Normalmente ni tan siquiera se atrevía a fantasear con la posibilidad de escapar. Pero aquel día, sintió un impulso irrefrenable que la llevó a coger las llaves del coche y a salir corriendo de la habitación. Cruzó el pasillo a toda velocidad y abrió la puerta de la calle. Bajó las escaleras de tres en tres peldaños y cuando llegó a la calle, apretó el botón de apertura de puertas en la llave del coche. A unos treinta metros, se iluminaron los intermitentes de un coche que estaba aparcado junto a la acera. Stephanie creyó que podía conseguirlo. Trató de correr en dirección al vehículo, cuando sintió un terrible golpe en la espalda que la hizo perder el equilibrio y caer de bruces. Consiguió ponerse de rodillas y distinguió la cara desencajada de Jack que, seguidamente, le propinó una patada en el estómago. La joven cayó de nuevo al suelo mientras se llevaba las manos al abdomen y se retorció de dolor. Era consciente que aquel bastardo no se conformaría con haberla atrapado, por lo que se preparó para recibir una lluvia de golpes.

— ¡Deja a la chica, desgraciado!— gritó alguien.

Al levantar la vista, vio cómo un anciano trataba de sujetar a Jack que forcejeaba con él.

— ¡Policía, policía! —gritaba el anciano.

Jack se desembarazó del viejo rápidamente y, cuando se volvió para acabar lo que había empezado, se detuvo en seco levantando las manos.

— ¡Atrás, no te acerques a ella! —exclamó un policía mientras le encañonaba.

En seguida llegó otro policía que ayudó a Stephanie a levantarse del suelo. Rápidamente, la metieron en un coche patrulla y la llevaron a un hospital cercano. Antes de arrancar, desde la ventanilla trasera del coche, la joven observó cómo se llevaban esposado a Jack en otro automóvil.

Por suerte, en el hospital le dijeron que no tenía nada roto. Después del reconocimiento, un oficial le ofreció ir a la comisaría a poner una

denuncia. Stephanie dijo que no, que no quería hacerlo. El policía insistió que era lo mejor que podía hacer, si de verdad quería que aquel sujeto dejara de molestarla. Stephanie se mantuvo firme, por nada del mundo quería estar en un lugar donde tuviera la posibilidad de encontrarse con Jack. Acabado con el papeleo, el policía la acompañó a la salida del hospital.

— ¿Qué va a ser de él? —preguntó antes de abandonar el hospital.

El policía sonrió antes de contestar.

— Parece que tenía algún asuntillo anterior pendiente, así que de momento se quedará con nosotros una temporada —dijo satisfecho—. Si te decidieras a denunciarle, puede ser que la temporada sea aún más larga.

Stephanie experimentó un tremendo alivio. El policía la miraba curioso, como si tratara de entender por lo que había pasado aquella joven. Ya en la calle, el policía se despidió de ella.

— Ese cabrón saldrá algún día y más pronto que tarde. Deberías denunciarle.

La chica permaneció callada y el policía entendió que no conseguiría nada insistiendo.

— Si alguna vez vuelve a molestarte ya sabes dónde encontrarnos —dijo a modo de despedida.

Stephanie asintió ligeramente y comenzó a andar por la acera dejando atrás al policía que todavía la observaba. No tenía ni idea hacia dónde dirigirse, pero no le importaba lo más mínimo. Lo realmente importante era que, por fin, podía ir donde quisiera y esa sensación de libertad era absolutamente maravillosa.

BUENA SUERTE

Después de haberle prestado algo de ropa, Michael continuaba temblando mientras bebía un poco de agua, sentado en una vieja silla de madera en el bar de Polly Carlson. Aquel garito se llamaba “*The Office*” y había sido uno de los favoritos de su padre. Marcus le había llevado alguna vez allí cuando era niño y parecía que no había pasado el tiempo por aquel lugar, porque estaba exactamente igual que como lo recordaba. Estaba sentado en una de las mesas junto a la barra, donde estaban los dos tipos que le habían rescatado del hotel. Se estaban tomando una cerveza y charlaban animadamente con el camarero cómo si no hubiera pasado nada. En cambio, Michael no podía quitarse el susto de encima. No recordaba haber sentido tanto miedo en su vida, como cuando estaba tumbado en el suelo del pasillo, cubriéndose la cabeza con los brazos.

El estruendo de los disparos, amplificado por lo estrecho del pasillo, era ensordecedor. Pero, en contra de lo que había esperado, las balas pasaban bastante por encima de su cabeza. Michael se atrevió a abrir los ojos y mirar al frente. Distinguió a los dos hombres que habían salido del ascensor, apuntando y disparando con sus armas contra alguien que se encontraba detrás de él. Supuso que Johnny y su secuaz estaban devolviendo el fuego al ver los agujeros que había en la puerta del ascensor. Entonces uno de los hombres de los trajes negros empezó

a hacer gestos urgiéndole a que se aproximara hacia ellos. Se armó de valor, se incorporó un poco y comenzó a gatear mientras una lluvia de cristales y pedazos de escayola y yeso le caía encima. Aquellos pocos metros se le hicieron interminables. Unos fuertes brazos le sujetaron y le lanzaron sin contemplaciones al interior del ascensor. Detrás de él, entraron los dos hombres que continuaban disparando hasta que, finalmente, las puertas se cerraron y el ascensor empezó a bajar.

— ¿Está bien señor? —le preguntó uno de los pistoleros.

Michael, que todavía estaba en el suelo, asintió a pesar de que casi no había entendido lo que le estaban diciendo. Tenía un persistente zumbido en los oídos que le impedía oír bien. El hombre le ayudó a levantarse y enseguida llegaron a la planta baja. Se abrieron las puertas y los tres salieron corriendo hacia la entrada principal del hotel. Mientras corría, distinguió el cuerpo de un hombre que yacía junto al ascensor. Nadie se interpuso en su camino a pesar que, por todo el vestíbulo, había bastantes personas agachadas o escondidas, sin duda asustadas por el tiroteo.

Un gran coche azul oscuro les esperaba subido en la acera justo enfrente de la gran puerta giratoria. Los tres hombres se subieron rápidamente en la parte trasera del vehículo y el coche arrancó inmediatamente, dejando un rastro de neumático quemado en la acera. Michael miró por la ventana de atrás y vio cómo dos hombres salían velozmente del hotel y apuntaban sus armas hacia el coche que se alejaba, ignorando todos los semáforos.

No hubo más disparos, estaban demasiado lejos para intentarlo.

— ¿Seguro que está bien, señor? —volvió a preguntar el pistolero.

— Sí, sí. Estoy bien —contestó Michael.

— Mi nombre es Jeff —continuó diciendo visiblemente aliviado—. Me ha enviado el señor Bocca para hacernos cargo de usted. Vamos al “*The Office*”. Un lugar seguro, allí no le pasará nada.

Michael asintió más tranquilo aunque, un par de minutos después, empezó a experimentar una poderosa sensación de desasosiego y un pequeño temblor en las manos. Jeff se dio cuenta enseguida de lo que estaba pasando y con una ligera sonrisa dijo.

— No se preocupe, el tembleque es normal la primera vez que le disparan a uno. Pasará pronto.

Aquella vez Jeff se equivocó. Cuando llegaron al “*The Office*” el temblor había ido a peor y veinte minutos después, mientras estaba sentado tratando de tomarse una tila, aún tenía que sujetar la taza con las dos manos. La tila le sentó bien y le templó un poco los nervios. Pasado un rato, Jeff le trajo un vaso lleno hasta arriba de whisky.

— Creo que necesita algo un poco más fuerte. Hágame caso, le vendrá bien.

Aquel whisky tan malo hizo que Michael reviviera lo que había pasado en la habitación y darse cuenta de algo extraordinario. Por primera vez en toda su vida había sido capaz de usar el *don* de forma voluntaria. Automáticamente, aquel pensamiento le hizo sentirse mejor, a pesar que una parte de él se sentía culpable por haber estampado el vaso en la cara de aquel tipo.

“¿*La primera vez?*”, dudó. “*Bueno, tal vez no.*”

Nunca antes había sido capaz de mover cosas con la mente de forma consciente. De eso estaba completamente seguro. Pero mover cosas no había sido la única manifestación del *don* a lo largo de su infancia porque, durante una temporada, también fue capaz de leer la mente.

Michael bebió otro sorbo del whiskey que le había traído Jeff, mientras rememoraba que leer mentes había sido una de las cosas más divertidas que había hecho en su vida. Además, como en aquella época aun iba al colegio, fue aún más divertido. Nunca fue capaz de descifrar nada más complejo que un nombre, un color o un número. Sin embargo, fue más que suficiente para tener a sus compañeros del colegio totalmente fascinados durante un tiempo. Tenía que reconocer que no había funcionado con todo el mundo, lo que frustraba un poco, especialmente porque su hermano era uno de los pocos que se mostraban completamente inmunes a sus poderes.

Durante un par de meses, montó un auténtico espectáculo alrededor suyo. Durante los recreos, Michael estaba constantemente rodeado de chavales que le preguntaban en que estaban pensando o qué habían

desayunado. Una mañana, se acercó a una niña que le llevaba gustando desde había entrado en el colegio. El joven mago estaba con todos sus compañeros de clase, por lo que la niña se sintió un poco intimidada cuando se plantó delante de ella.

— ¿Qué pasa aquí? —preguntó la chica—. ¿Por qué me miras así?

— Piensa en un color —espetó Michael.

La niña no esperaba esa respuesta y Michael percibió un atisbo de curiosidad en su mirada.

— ¿Por qué debería pensar en un color?

— Porque voy a adivinarlo —contestó el chico dándose golpecitos en la cabeza con el dedo.

Por fin la niña sonrió divertida y dijo.

— ¿Quién te crees que eres? ¿Una especie de faquir?

— Los faquires duermen en camas con clavos y comen cristales.

Lo mío es mejor —hizo una pausa— Yo soy un mago.

— Si claro y yo soy una princesa —la niña comenzó a reírse.

— Lo que dice es cierto —protestó uno de los compañeros de Michael—. Ya verás, ¡vas a alucinar!

— Está bien, ya estoy pensando en un color. — dijo la niña cerrando los ojos como si se estuviera tratando de concentrarse.

— El rosa es demasiado fácil ¿no crees? Anda piensa en otro —dijo Michael a continuación.

La niña abrió los ojos y se quedó muda por un momento.

— ¿Cómo...? —fue lo único que pudo decir.

— Te decía que el rosa es un color muy fácil —la niña iba vestida de rosa de pies a cabeza—. ¡Elige otro!

Los chicos soltaron una carcajada al unísono.

— Ves, ya te habíamos dicho que le tomaras en serio —dijo uno de ellos.

La niña se puso muy seria y, sin cerrar los ojos esta vez, le inquirió:

— ¿En qué color estoy pensando ahora?

Michael percibió el color justo en el instante en el que la niña pensó en él, pero había aprendido a dramatizar un poco y así aumentar la expectación.

— Isabella, esta vez me lo estás poniendo más difícil, no lo veo claro...

Isabella sonrió triunfalmente, mientras los demás niños aguantaban la respiración.

— Sí, ¡ya está! Es el azul. Estás pensando en el color azul.

Por la cara que puso Isabella, todos entendieron que Michael había acertado y empezaron a jalearle. El joven Bocca estaba feliz y exultante. Miró a su alrededor y advirtió que, desde el lado opuesto del patio, su hermano le observaba con gesto serio. Tony no aprobaba que mostrara sus habilidades en público y mucho menos que montara un espectáculo alrededor suyo. Michael le sostuvo la mirada en algo parecido a un desafío. Aquel era su momento y no estaba dispuesto que nadie, ni tan siquiera Tony, se lo estropease.

Aquella tarde, volviendo a casa del colegio Tony estuvo muy callado. Michael llevaba todo el día esperando los reproches de su hermano, entonces, cuando parecía que se lo había pensado mejor y no le iba a echar nada en cara, fue cuando Tony preguntó:

— ¿Ya saben tu amigos lo mierda de mago que eres, que ni tan siquiera sabes lo que piensa tu propio hermano?

Michael se podía haber esperado cualquier otro tipo de reacción pero nunca una tan brusca e hiriente al mismo tiempo. A su hermano le encantaba discutir y llevarse siempre el gato al agua aunque, por norma general, prefería ser cínico a ser grosero. Esta vez, y con muy mala idea, le había atacado en algo que sabía perfectamente que le frustraba, por lo que el comentario fue doblemente doloroso.

— Ya sabes que no funciona ni con los cerdos, ni con los asnos.

El puño de Tony impactó en la cara de Michael haciéndole tambalear. Su hermano era dos años mayor que él, más alto y fuerte y con muy mala leche. Sin embargo, Michael no se amedrentó y se abalanzó sobre Tony, aunque su ataque sólo sirvió para llevarse otro golpe, esta vez, en la boca del estómago.

— Está bien Mickey, ya es suficiente. Al final te vas a hacer daño.

El menor de los hermanos reunió fuerzas e intentó pegar de nuevo a Tony, que no tuvo ningún problema en esquivar los manotazos que Michael lanzaba al aire.

— Así lo único que vas a hacer es cansarte —dijo con sorna, mientras le alborotaba el pelo con la mano.

Aquel gesto le enfureció más si cabe y volvió a lanzarse sobre Tony con desesperada determinación. A este le pareció que la situación era bastante cómica y empezó a reírse, esquivando los golpes que su hermano trataba de propinarle. Al cuarto o quinto intento, Tony pensó que ya era hora de acabar con aquello así que, con un rápido movimiento, agarró fuertemente los brazos de Michael para evitar que siguiera tratando de pegarle.

En el preciso instante que las manos de Tony tocaron los brazos de su hermano, ambos pudieron sentir como una tremenda fuerza empezó a fluir y a acumularse entre sus cuerpos en una suerte de burbuja, que una fracción de segundo después, explotó liberando toda la energía que contenía dentro. Los dos niños fueron empujados violentamente hacia atrás por la onda expansiva y cayeron a tres o cuatro metros de distancia el uno del otro.

Los dos permanecieron unos segundos sentados donde habían caído hasta que Tony, empezó a reírse de forma incontrolada.

— Todopoderoso Mickey ataca de nuevo —dijo sin parar de reír.

Michael se esforzó por parecer que seguía molesto con su hermano y, tras un momento de lucha interna, no pudo evitar reírse él también. Los dos niños tenían el pelo de punta y los puños de las camisas de su uniforme completamente desechos.

— Mamá nos va a matar —Tony dijo mientras miraba como había quedado su uniforme.

— Pues espero que nos encierre en nuestro cuarto, tengo el culo demasiado dolorido como para unos azotes —contestó Michael mientras se levantaba del suelo.

— El mío también me duele bastante, ¡tienes que aprender a controlarte!

— ¡Y tú a no meterte conmigo!

Tony se acercó a su hermano sonriente y le cogió del hombro.

— Venga Todopoderoso quejica, tenemos que ir a casa y de paso inventarnos algo para explicar lo de la ropa.

— Podemos decir que nos encontramos con un perro...

— Creo que es mejor que nos inventemos otra cosa.

Así, cogidos por el hombro, los dos niños caminaron hacia su casa como si nada hubiera ocurrido.

Definitivamente, Michael había conseguido controlar de algún modo sus poderes en el pasado. No desde luego la creación y detonación de burbujas de energía, pero sí la lectura de algunos pensamientos sencillos. Ahora, muchos años después, también era capaz de mover cosas, cosas pequeñas al menos.

Bebió otro sorbo del whiskey y puso una mueca de desagrado. Era el peor whiskey que había tomado nunca más tenía que reconocer que después de algunos tragos, se encontraba de mejor ánimo.

Los hombres que estaban sentados en la barra seguían bebiendo, hablando y riendo como si Michael no estuviera allí. Encima de la barra, tenían una botella del mismo whiskey barato que le habían dado.

“Un poco de concentración” se dijo, mirando detenidamente aquella botella. *“Puedo hacerlo, puedo moverla.”*

— ¡Muévete! —dijo en voz alta a la que se incorporó de la silla de un salto.

La botella no se movió ni un milímetro. Jeff y sus compañeros dejaron de hablar y, al unísono, dirigieron su mirada hacia donde estaba Michael que permanecía de pie, señalando la botella de whiskey con el brazo extendido.

— ¿Quiere otra copa, señor? —preguntó Jeff con gesto serio.

— Sí...por favor...una copa...sí —estaba tan avergonzado que apenas pudo balbucear.

Jeff hizo un gesto y el camarero se acercó a la mesa de Michael, con la botella que había intentado mover.

*“Seré gilipollas”, se reprochó mientras le servían de nuevo.
“Seguro que ahora piensan que soy un idiota integral.”*

Procuró pasar lo más desapercibido posible a pesar del silencio incómodo que se había adueñado del bar. Poco a poco, y para su alivio, Jeff y sus chicos retomaron la conversación como si nada hubiera pasado.

Transcurridos unos minutos, se empezó a oír una musiquilla que procedía de una chaqueta que estaba colgada de un viejo perchero junto a la barra. Jeff se acercó al perchero y sacó un teléfono móvil de la chaqueta.

— Aquí Jeff —dijo.

El gesto del sicario fue cambiando según escuchaba detenidamente lo que le estaban diciendo por el teléfono. Tras colgar, Jeff tenía la mirada llena de aprensión y estaba un poco congestionado. Se dirigió a sus hombres y señalando a Michael dijo:

— Coged a este. Nos vamos al hospital echando hostias.

BETTY 3.0

Esta vez Betty pudo ver, casi en directo, como su plan se había llevado a cabo. Estaba en la habitación del hotel viendo en la televisión la noticia de una tremenda detonación que se había producido unas horas antes. Aunque la explosión había sido un poco más potente y espectacular de lo que había previsto, demostró ser realmente útil. La buena noticia era que por fin había descubierto quién era la persona que la estaba buscando. La mala era, precisamente, quién era esa persona.

Cuando escuchó el nombre de Tony Bocca por la televisión, sintió una sensación de vacío en el estómago. No era la primera vez que escuchaba aquel nombre. Nunca había tratado con él, no obstante, Betty estaba al corriente de a qué se dedicaba y no le gustaba en absoluto. Lidar con jefes de la mafia era siempre una mala idea. Los agentes del gobierno, los policías o, incluso, los militares tienen normas y líneas rojas que en ningún caso pueden cruzar. Si se conocen, es fácil predecir sus movimientos y asegurarte que no te puedan hacer nada. En cambio, la Mafia no entiende de límites y es tan impredecible como violenta. Esa falta de reglas había sido siempre la baza de Betty, y eso era lo peor, porque contra la Mafia, al menos en ese aspecto y para desgracia suya, jugaban en igualdad de condiciones.

No estaba dispuesta a abandonar, si bien, estaban sucediendo muchas cosas y ninguna buena. Seguía sin tener ni idea de por qué estaba metida en este lío. Tampoco tenía noticias de lo que le había pasado a su objetivo, ni de por qué la Mafia estaba detrás de ella. Volvió

a escuchar la vocecilla que desde su interior le decía que lo mejor sería desaparecer y no volver nunca. Betty meneó la cabeza y automáticamente desechó esa posibilidad. Se conocía bien y sabía que no podría vivir con todas aquellas incógnitas rondándole por la cabeza.

Apagó la televisión y se dirigió al armario. De su interior cogió dos bolsas grandes de plástico que era donde había metido lo que quedaba de Margaret. Después de preparar la trampa había decidido que lo más seguro era deshacerse de ella también. El personaje elegido para sustituir a Margaret fue Betty, una joven abogada en viaje de negocios, representando a una pequeña empresa británica.

Se volvió a teñir el pelo, esta vez de color negro, compró ropa nueva y cambió otra vez de hotel. Le había costado un poco decidirse porque le gustaba Margaret, sobre todo su pelo rubio, pero conservar esa identidad era absolutamente imposible. Media ciudad, desde el primer policía corrupto hasta el último *junkie*, debía estar buscando a la mujer rubia que había mandado al carajo al tipo más poderoso de la ciudad.

Betty no sabía que había pasado exactamente con Tony Bocca. La televisión sólo había dicho que había víctimas mortales y heridos de *diversa consideración*. Betty deseaba fervientemente que el señor Bocca fuera uno de los fallecidos. Si se confirmase, todo sería mucho más fácil, porque su gente estaría más pendiente de luchar por ocupar el puesto vacante, que de buscar al asesino que, además, les había brindado esa estupenda oportunidad. En cambio, si estuviera vivo, tendría un grave problema, otro más en realidad.

Esa mañana, después del necesario cambio de personaje, había resuelto seguir la única pista que tenía; Mr. Smith. No tenía mucho por dónde empezar, únicamente tenía su dirección y el nombre de la empresa para la que trabajaba.

La oficina de Michael era un edificio moderno con unas enormes cristaleras que reflejaban la luz del sol. Justo enfrente, al otro lado de la calle, había una cafetería con una pequeña terraza donde Betty se sentó y pidió un café. Era un lugar perfecto para contralar quien entraba y salía del edificio sin levantar sospechas.

Estaba casi convencida que todo aquello era una emboscada que alguien le había tendido y que Mr. Smith en realidad no existía. No obstante, como tenía muy pocas pistas que seguir, y no podía desechar ninguna, aquella oficina era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar su investigación. De hecho, no era la primera vez que había estado allí, ya que había estado controlando a su objetivo desde aquella misma terraza. Le había visto entrar por la mañana y salir por la noche, durante tres días seguidos, cuando estudiaba sus hábitos. Por ese motivo, aunque aquel hombre no fuera Mr. Smith y estuviera allí únicamente como parte del juego, Betty supuso que alguien dentro del inmueble se tendría que haber percatado de su presencia y, a lo mejor, le podría contar algo. Pero para eso, tendría que entrar en el edificio y se resistía a exponerse de aquella manera.

Pasó un par de horas observando el trasiego de gente entrando y saliendo. Como había esperado, ninguna de esas personas era el hombre que buscaba. Estaba empezando a perder la paciencia y eso no era una buena señal. La situación era demasiado tensa, y ella demasiado impulsiva, para simplemente permanecer allí, esperando a que ocurriera algo.

Betty no aguantó más. Pagó los cafés que se había tomado, cruzó la calle y entró en el edificio de oficinas por la entrada principal, que consistía en una gran puerta giratoria. Se encontró con un enorme vestíbulo, en cuyo centro había un moderno mostrador donde estaba una mujer joven que la recibió con una profesional sonrisa.

— Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo? —pregunto la recepcionista. Betty devolvió a la chica la sonrisa y contestó.

— Sí, muchas gracias. Tenía una cita con Mr. Smith, Michael Smith.

— ¿Me puede decir a quien debo presentar, por favor?

— Mrs. Johnson.

— Un momento por favor —dijo la chica según tecleaba algo en el ordenador.

Betty se encontraba muy tensa, se estaba exponiendo mucho y en aquel momento era más vulnerable que nunca. Lo único que la

tranquilizaba un poco era el peso de la pistola que llevaba sujeta en su cadera, debajo de la chaqueta.

— Un momentito, por favor —repitió la recepcionista con un gracioso gesto, descolgando el teléfono.

“Ahora veremos si esta zorra va a llamar a Mr. Smith o a alguien para que me liquide aquí mismo” pensó Betty, procurando sonreír y mantener la compostura.

Le devolvió el gesto con un pequeño mohín, según acercaba su mano a la cadera donde tenía la pistola.

“Por lo menos, si me la juega, podré liquidar a esta monada” se dijo, tensando su cuerpo.

— Lo siento mucho Mrs. Johnson —dijo la recepcionista mientras colgaba el teléfono—. Mr. Smith llamó a primera hora diciendo que estaba enfermo y que no vendría en todo el día. Si quiere, puede dejarle algún mensaje o podemos probar en su teléfono móvil.

— No, gracias. No será necesario. Dejémosle descansar, no se trata de un asunto demasiado urgente. Ya hablaremos cuando vuelva a la ciudad el mes que viene —Betty se giró en dirección a la entrada principal—. Buenos días y muchas gracias por todo.

— Muchas gracias a usted. Tenga un buen día, Mrs. Johnson.

Betty empezó a caminar en dirección a la salida. Trató de mantener un paso normal aunque el cuerpo le pedía salir corriendo de allí. Estaba convencida que todo era un montaje. La enfermedad de Mr. Smith sonaba a una conveniente excusa. Seguro que había alguien observándola en aquel preciso instante, esperando el momento justo para atraparla...o abatirla. Estaba a mitad de camino y no pudo evitar asir el mango de la pistola que todavía mantenía escondida bajo su chaqueta.

“Primero la chica, por avisar al resto de cabrones”, decidió. *“Luego al que se ponga a tiro.”*

La puerta giratoria estaba a escasos diez metros, cinco, dos... Betty alcanzó la calle sin que nadie se interpusiera en su camino. Continuó caminando por la acera, mirando de reojo la entrada del edificio. Nadie más salió de allí.

Paró a un taxi y le pidió que le llevara al centro de la ciudad. Desde el centro sería más sencillo asegurarse que nadie la seguía y regresar a su hotel. Betty estaba tan decepcionada como aliviada. Se había arriesgado, exponiéndose de forma temeraria, y lo único que había conseguido había sido salir de aquel lugar con más preguntas. Seguía sin saber si Michael Smith existía realmente o no. La recepcionista había actuado como si hubiera un hombre con ese nombre trabajando allí. Claro que eso también podía ser parte de un plan preconcebido. Pero, en ese caso, ¿por qué le habían permitido salir de allí? ¿Dónde esperaban tener una oportunidad mejor?

Las preguntas sin respuesta se agolpaban una detrás de la otra, enfureciendo a Betty aún más si cabe. Entonces, un colosal ruido, algo parecido a un trueno, le devolvió a la realidad.

— Virgen santa del amor hermoso —exclamó el taxista que redujo la velocidad del coche hasta pararlo, mientras asomaba la cabeza por la ventanilla del coche.

Betty hizo lo mismo y observó cómo se elevaba hacia el cielo una enorme columna de humo a unas cuantas manzanas de distancia.

— Me pregunto qué coño ha pasado —dijo el taxista en voz alta.

“*Alguien que ha entrado donde no debía*”, Betty esbozó una casi imperceptible sonrisa.

PAUL, EL HOMBRE DE GRIS

Como había comprobado el doctor treinta minutos antes, Tony tenía un humor de perros. A pesar de la violencia de la explosión, sólo había sufrido un fuerte golpe en la espalda y algún que otro arañazo. Aun así, el médico le había dicho que debía permanecer en observación por un tiempo, aunque su paciente no parecía muy dispuesto a obedecerle. Carl también había salido casi ileso del atentado. Tony no lo había visto desde que perdió el conocimiento pero le habían contado que, después de pasar por el hospital, le enviaron a casa a descansar con tan sólo un molesto zumbido en los oídos. Los dos guardaespaldas que les acompañaban no habían tenido tanta suerte. El que tiró la puerta abajo había muerto prácticamente en el acto, el otro, estaba bastante grave en la UCI del hospital.

Paul se encontraba con Tony en la pulcra habitación del hospital y lo que le estaba contando, no estaba ayudando a que el humor de su jefe mejorase.

— Hemos perdido el negocio. Lo de *Oil Corp* nunca me gustó demasiado y estoy seguro que hay alguien más detrás aparte de Sullivan —dijo Paul, que empezaba a arrepentirse de no haberle volado la tapa de los sesos a ese cerdo de Fred.

Tony cambió ligeramente de postura y, pese a que trató de ocultarlo, Paul se percató enseguida de la agonía que le suponía realizar cualquier movimiento.

— ¿Le digo al médico que vuelva? —sugirió.

La mirada que Tony le dedicó dejó bien claro que su dolor de espalda no era asunto suyo, así que no insistió más.

— Sullivan estaba tan asustado que pensé que se cagaba en los pantalones. A lo mejor hasta lo hizo, pero en ningún momento vi que pensara en echarse atrás —Paul hizo una pequeña pausa y se inclinó ligeramente hacia delante—. Eso sólo puede significar que hay más gente detrás. Otra gente a los que teme aún más que a nosotros.

Tony se mantuvo en silencio analizando lo que acababa de escuchar.

— ¿Tenemos alguna idea de quién puede ser? —preguntó a continuación.

— Todavía no, pero sabremos algo pronto.

— Creo que deberías empezar por Johnny “*Seventies*”.

— ¿Johnny? —dijo Paul sorprendido. Si Johnny estaba involucrado, significaba que “*Big*” George Simpson era la persona que realmente estaba detrás del negocio.

Antes de recibir a Paul, Tony había sido informado de todo lo ocurrido desde que Johnny había entrado en el hotel, hasta que Jeff y sus chicos habían llegado al “*The Office*” con Michael sano y salvo. Tony se lo contó todo, añadiendo además lo que había pasado aquellos últimos días, desde que su hermano le llamara por teléfono. Cuando hubo acabado, el hombre de gris se recostó en el respaldo de la butaca en la que estaba sentado y, resoplando, se aflojó un poco el nudo de la corbata.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y una enfermera entró en la habitación. La chica susurró una disculpa y sin levantar la vista del suelo se acercó a la cama y cambió la bolsa del goteo. Cuando acabó, salió de la habitación tan rápido como había entrado, emitiendo un leve sonido, que tanto Tony como Paul interpretaron como una despedida.

— Seguro que alguien le ha dicho a esa quien eres tú —bromeó Paul.

Tony sonrió, no solía hacerlo delante de uno de sus empleados, si bien, con su viejo consejero tenía la confianza suficiente.

— ¡Seguro que sí! “*Anda novata, vete a llevarle el suerito al gánster*” —ironizó.

Por primera vez en mucho tiempo se rieron a gusto.

— Joder, tendría más gracia si estuviera aquí por una apendicitis —terminó diciendo Tony que sufrió otro latigazo de dolor que le hizo estremecerse.

— Ahí te doy la razón —sentenció Paul, que actuó como si no hubiera advertido el gesto de dolor.

— ¿Tú qué piensas?

— El asunto no parece sencillo —respondió—. Tu hermano y Johnny, *Oil Corp* y Fred Sullivan, la chica misteriosa y tu atentado. — Paul hizo una pequeña pausa — ¡Ni tan siquiera sabemos si las cosas que están pasando están relacionadas entre sí!

— Lo más raro es lo de Michael. Nunca ha estado relacionado con nuestros negocios, de hecho apenas sabíamos de él y de repente...le intentan matar a tiros, luego un tipo tan peligroso como Johnny trata de secuestrarlo... —Tony cambió de postura de nuevo—. No sé qué pensar, la verdad.

— ¿Crees que Michael...? Ya sabes, ¿crees que pueda haberte...?

— ¿Traicionado? No, no lo creo. Hacía tiempo que no le veía pero te aseguro que Mickey sigue siendo el mismo. No creo que él pudiera siquiera pensar en hacerme daño.

— ¿Y la mujer? —preguntó Paul.

— De esa no sabemos más que sabe lo que se hace. Nos la metió hasta el fondo y nosotros entramos con todo sin ningún tipo de cuidado. A veces pienso que nos estamos confiando en exceso y acuérdate de la última vez que pasó eso.

Una sombra de tristeza se apoderó de la mirada de Paul. Habían pasado muchos años desde aquello, aunque una parte de él se seguía culpando por la muerte de Marcus. Había pasado muchas noches sin dormir, preguntándose por qué no había previsto la reacción de aquellos malditos bastardos y por qué había permitido que se relajase tanto la seguridad en torno a su jefe. Tony conocía perfectamente el sentimiento

de culpabilidad que pesaba sobre él, por lo que el comentario no había sido en absoluto casual.

— Tienes razón, hablaré con los chicos.

— Y a esa tía hay que encontrarla y hacerla hablar.

— ¿Qué sabemos de ella?

— Poco. La única pista que tenemos viene de Chuck y sus chavales. Me parece que ninguno de ellos es muy listo y por eso mismo estoy ahora aquí.

Paul asintió antes de decir:

— ¿Y qué hacemos con Johnny “*Seventies*”?

— Encontradle y entérate por qué coño está detrás de Michael. Se discreto, no quiero problemas con “*Big*” George... de momento.

— Entendido.

Paul se levantó con la intención de marcharse y dejar descansar a su jefe.

— Espera un momento —dijo Tony—. Además quiero me traigas a ese Fred Sullivan.

— Escucha Tony, creo que hay cosas más importantes ahora de las que preocuparse. Además no creo que podamos hacer nada a estas alturas.

— Me lo vas a traer y punto —zanjó.

El viejo respiró hondo y asintió antes de girarse hacia la puerta.

— Tú mismo has dicho que tiene que haber alguien detrás de él. Bueno pues lo más fácil será preguntárselo, ¿no crees?

Tony no solía justificar sus órdenes con nadie. Sólo en algunas ocasiones, como aquel día, tenía la necesidad de hacerlo con Paul. Estaba seguro que su padre Marcus no lo aprobaría, porque él no lo hubiera hecho nunca. Claro que pudiera ser que, precisamente por eso, estaba muerto y enterrado.

— Porque tienes razón es por lo que creo que debemos dejarlo correr —Paul se acercó a la cama donde estaba Tony—. No creo que podamos tener tantos frentes abiertos.

— ¿Y si en realidad no tenemos tantos frentes cómo crees?

— ¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado.

— Sólo digo que me traigas a Sullivan —Tony dijo enigmáticamente, relajando el gesto.

— Está bien —cedió Paul después de pensárselo un momento.

— Una cosa más, ya sé que Sam está soltero, ¿y Martin?

— Martin deja viuda, Tony.

— Asegúrate que no le falta de nada, que se sepa que cuidamos de los nuestros. ¿Hijos?

— Dos.

— Bien, habla con mi secretaria y que les busque un buen colegio hasta que vayan a la universidad.

— Eso me recuerda que Sam no está casado pero tiene una cría en algún lado y como los chicos me han dicho que el médico no tiene muchas esperanzas de que pase de esta noche...

— Está bien, que alguien la encuentre y le dices a Mayra que se ocupe de ella también.

Paul salió de la habitación despidiéndose con un leve gesto con la cabeza, cuando estaba cerrando la puerta detrás de él, oyó a Tony cómo le decía a alguien por teléfono.

— ¡Ya está aquí Michael! Perfecto. Mándamelo inmediatamente...a la mierda el médico, joder. Le quiero ver ya, ¿entendido?...bien así me gusta. ¡Paul! —gritó después de colgar el teléfono, sabiendo que su consejero todavía estaba en el pasillo y que podía oírle—. ¡Michael ya está aquí, tráele aquí cuanto antes!

MARTHA

Michael entró al hospital por una puerta lateral alejada de la entrada principal, que estaba abarrotada de periodistas, cámaras de televisión, policías y curiosos. Jeff no le había contado mucho, tan sólo que su hermano había tenido un percance y que estaba en el hospital. Ya en el coche, le consiguió sonsacar que el “*percance*” había sido en realidad un atentado. Un atentado en el que había muerto gente aunque, afortunadamente, Tony había sobrevivido. Apenas había tenido tiempo de asimilar lo que le había contado Jeff, cuando se vio dentro del hospital avanzando en la penumbra por unos amplios pasillos, sin que se vieran otros pacientes o familiares por allí. Aquí y allá Michael distinguió algunos hombres, expectantes y estratégicamente situados, que supuso custodiaban la zona.

Parecía que toda aquella ala del hospital estaba cerrada para su hermano. Aquel tipo de cosas era lo que por un lado le maravillaba y, por otro, le horrorizaba de su familia. ¿Quién era capaz de cerrar toda un ala de un hospital y custodiarlo con sus propios empleados mientras, seguramente, mucha gente se hacinaba en otra parte de ese mismo hospital?

Eso no se conseguía únicamente con dinero, se precisaba algo más, algo mucho más influyente incluso que el dinero y relacionado con el poder y el miedo. Quizá para Tony ese tipo de cosas eran tan naturales como lo fueron para Marcus. En cambio, para Michael, esos privilegios le hacían sentirse muy incómodo.

Llegaron a una sala donde había dos guardaespaldas vigilando la entrada, los cuales, ni tan siquiera se habían tomado la molestia de ocultar los dos enormes fusiles automáticos que portaban. Los tipos de los fusiles reconocieron a Jeff de inmediato y les dejaron pasar sin preguntarles nada.

En la sala había únicamente una persona sentada en un viejo banco metálico. Se trataba de una mujer rubia y atractiva de unos treinta y tantos años, que llevaba puesto un elegante vestido blanco. Al principio, cuando Michael entró en la sala, la mujer le observó con curiosidad. Poco después, el rictus de la mujer se endureció y Michael pudo apreciar como afloraba una abierta hostilidad hacia su persona. Aquellos dos grandes ojos azules se clavaron en él como dos témpanos de hielo.

Supuso que aquella mujer no podía ser otra que su cuñada Martha y, aunque la había visto un par de veces antes, no la hubiera reconocido de no ser por la situación. De hecho, la última vez que se encontró con ella fue en el funeral de su padre. Por aquel entonces todavía era la prometida de su hermano y apenas intercambiaron unas cuantas palabras. En cambio, había una cosa de aquel encuentro que Michael recordaba perfectamente. Según la conoció, no tuvo dudas que sería la mujer perfecta para su hermano. La joven era atractiva, discreta, segura de sí misma y, al mismo tiempo, contaba con un adecuado punto de sumisión y, algo absolutamente imprescindible; un perfecto conocimiento del lugar que ocupaba. Era la versión nórdica de su propia madre, lo que no podría ser más apropiado dadas las circunstancias.

— Buenas tardes —dijo Michael mientras se sentaba en un banco enfrente de su cuñada, sonriendo forzosamente.

Martha se tomó su tiempo antes de responder.

— Tú debes ser Michael, ¿me equivoco?

La mujer no se molestó en ocultar su resentimiento y Michael no la culpaba por ello ya que eran muchos los motivos por lo que no podía hacerlo. Primero, jamás había hecho el más mínimo intento acercarse a la familia después de la muerte de Marcus. Ni tan siquiera había considerado la posibilidad de asistir a la boda su hermano. Ese absoluto desapego podía ser suficiente para generar rencor, no obstante, el

verdadero motivo por el cual Martha estaba realmente resentida era que, el hermano de su marido, no se había tomado la molestia de conocer a su sobrino.

Michael no podía negar que había sido escrupulosamente informado de todos los acontecimientos relacionados con la vida del niño. Fue avisado de su nacimiento, se le invitó a su bautizo, su primer cumpleaños, la primera comunión... Por supuesto nunca asistió a ninguno de esos eventos. Había tomado una decisión y pretendía ser coherente con ella. Al principio le costó un poco mantener la distancia de una forma tan radical. Con el tiempo, abrir las invitaciones, leerlas y tirarlas a la basura se convirtió en una simple rutina.

Tan sólo había una cosa que no dejaba de sorprenderle. No importaba que se hubiera mudado de apartamento o, incluso, cambiado de ciudad, alguien se las ingeniaba para que las cartas con las invitaciones le llegaran sin excepción. Michael sospechaba que era su madre quien estaba detrás de aquellas cartas, en un intento de acercarle de nuevo a la familia. Pero quizás, viendo la reacción de Martha, no era así. A lo mejor era su propia cuñada quien le enviaba las cartas para, precisamente, evitar que tuviera una excusa que justificase su comportamiento.

— Sí, soy yo —contestó bajando involuntariamente la vista—. ¿Cómo está Tony?

— Sobrevivirá —respondió Martha secamente.

— Me alegro, de verdad que me alegro.

— ¡Oh, qué agradable sorpresa! —exclamó Martha antes de continuar—. No te imaginas lo importante que es eso para mí.

Michael no quería entrar en el juego que le proponía su cuñada. No le quedaban muchas más fuerzas para, además, tener que soportar el sarcasmo de Martha.

— Martha, por favor, ha sido un día muy duro...

— ¡Un día duro dice! —le interrumpió la mujer—. ¡No tienes ni idea de lo que es un día duro!

Michael arqueó un poco la ceja. Estaba empezando a estar harto de que todo el mundo le interrumpiera cuando hablaba.

— Estoy seguro que tú también lo has tenido, así que podríamos dejarlo por hoy —trató de zanjar la discusión.

— Por hoy hasta los próximos ¿diez años? —Martha parecía furiosa.

— No creo que sea el momento de discutir, ya sabes, con Tony ingresado y todo eso.

— Venga no me hagas reír, ¿a ti qué más te da Tony? ¿Qué más te damos todos nosotros?

— Eso no es así —protestó.

— ¿A no? Entonces dime como se llama tu sobrino.

Michael no tenía ni idea.

“*Menuda noche me espera*” pensó, consciente de que su cuñada no le iba a dejar escapar como si nada.

— ¿Ves? No lo sabes —dijo triunfalmente.

Michael concluyó que lo mejor era permanecer callado y esperar a que Martha se diera por satisfecha.

— Ahora no dices nada —Martha hizo una pequeña pausa—. La verdad, tampoco esperaba mucho más.

Michael continuó soportando impertérrito los comentarios mordaces de la mujer que, poco a poco, se fueron espaciando hasta que finalmente cesaron. Pasaron unos cuantos minutos en completo silencio, sin más sonido que el *click, click* del reloj que colgaba de la pared de la sala de espera. Parecía que lo peor había pasado, si bien, su cuñada era una mujer que no se daba por vencida fácilmente.

— ¿Por qué has vuelto? —preguntó.

No hubo respuesta, pero a Martha le dio igual.

— ¿Es por dinero? ¿Problemas con la policía?

Michael empezó a sentirse incomodo de nuevo. El tono de voz de Martha mostraba menos ira y mucho más sarcasmo.

“¿*No piensa acabar nunca?*” se preguntó.

— Como vuelves a ser de la familia, me lo puedes contar ¿no? —hizo una mueca de falsa complicidad—. ¡No me digas más! Lo que pasa es que echas de menos a la buena de tu mamaíta.

Inesperadamente, Michael se levantó del banco como un resorte y se encaró con su cuñada, que asustada, se echó hacia atrás contra el respaldo del banco donde estaba sentada.

— ¿Te puedo preguntar yo una cosa? —Michael se acercó un poco más—. ¿Cómo eres capaz de dormir por la noches sabiendo que la ropa que llevas, las joyas que tienes, la casa donde vives, la comida que comes y todo lo que eres, procede de la amenaza y la extorsión a muchas personas que ni tan siquiera te molestas en saber qué cara tienen?

Ahora era Martha la que se quedó sin palabras, incapaz de contestar.

— ¿Cómo puedes siquiera mirar a los ojos de tu hijo, sabiendo que...?

Una fuerte mano aferró a Michael por el hombro, impidiendo que pudiera seguir acercándose a la mujer.

Creo que ya es suficiente Mr. Bocca —dijo Jeff con voz firme.

Inmediatamente Michael se giró y se volvió a sentar en el banco. Cuando dirigió su mirada al frente, vio como Martha le observaba detenidamente, todavía algo confusa y asustada. Ni él mismo se hubiera esperado su propia reacción y, por un momento, se arrepintió de haber sido tan rudo con la persona que, probablemente, menos se lo merecía. Era cierto que se lo estaba haciendo pasar mal, muy mal, no obstante tampoco podía negar su parte de culpa. Se preguntó si en la misma situación, se hubiera atrevido a decirle lo mismo a Tony.

“*Seguramente no*”, se reconoció a sí mismo.

Al menos no todo había salido mal; había conseguido una pequeña tregua, y detener el bombardeo, porque Martha no volvió a dirigirle la palabra. Michael pudo cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldo, tratando de descansar un poco.

Media hora después se abrió la puerta que comunicaba la sala de espera con las habitaciones. Martha y Michael se levantaron inmediatamente de sus respectivos asientos y observaron como Paul entraba sonriente.

— Martha, estate tranquila —dijo Paul afable—. Le he visto y está perfectamente. Bueno, la espalda le duele bastante, pero ya verás cómo en unos cuantos días estará como nuevo.

Viendo la cara de Martha era imposible adivinar lo que se le estaba pasando por la cabeza. Volvía a ser la mujer fría, de aspecto impasible, que se había encontrado Michael cuando entró en la sala de espera.

— Muy bien, gracias Paul —respondió Martha encaminándose hacia la puerta por la que había entrado el consejero de su marido.

— No. Espera un momento. El gran hombre quiere ver primero a Michael.

La mujer de Tony se detuvo y dirigió su mirada al techo, resoplando. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Seguidamente, se giró hacia Paul y le dedicó una de sus gélidas miradas, mientras volvía a sentarse en el banco.

El viejo consejero no se dio por aludido e hizo un gesto invitando a Michael a seguirle. Este se levantó y cuando pasó junto a su cuñada murmuró algo en forma de despedida. La mujer no tomó la molestia de contestarle y permaneció impasible con la mirada perdida.

— Me alegro mucho de verte. De verdad que me alegro mucho —dijo Paul una vez se encontraban caminando por el pasillo.

— Yo también me alegro de verte bien —Michael caminaba cabizbajo. Parecía infinitamente cansado.

— No sé lo que ha pasado exactamente ahí fuera, pero no le des mucha importancia —comentó Paul, adivinando lo que había ocurrido—. Martha tiene mucho carácter aunque luego la sangre nunca llega al río.

Michael esbozó una pequeña sonrisa. Eso podría ser cierto con Tony, pero en la sala de espera, esa mujer parecía capaz de despellejarlo vivo.

— Claro que por tu parte, ya sabes... —empezó a decir Paul, sin acabar la frase.

Se encontraban en un pasillo en penumbra donde no había ni un alma. Al fondo del corredor, se distinguía una puerta y los dos hombres se dirigieron hacia allí.

— Adelante —dijo Paul señalando la puerta con su mano.

— ¿Tú no entras?

— No, el jefe quiere hablar contigo a solas.

Michael asintió sin saber si eso era bueno o malo. A continuación, asió el pomo de la puerta y entró en la habitación.